Pero lo que causa mi mayor pena, es el temor de no ser más que una hipócrita que ha engañado a las criaturas, aunque sin querelo. Guárdese, pues, de llegar a ser del número de los engañados, y ruegue a este adorable Corazón de Jesús que me sepulte en un eterno desprecio y olvido de todas las criaturas. Que me dé también el perfecto olvido de mí misma, y esa perfecta humildad de corazón de la que estoy tan distante, aunque persuadida de que mi Dios no se complace más que en las almas anonadadas, y que para serlo todo en El es preciso no ser nada en sí mismo.

Interésese, por tanto, con nuestro buen Señor, para alcanzarme esas gracias, obteniéndome el don de su puro amor que contiene todo lo demás; yo tampoco ceso de pedirlas para usted, junto con todo lo que me indica. Pero bien veo por todo lo que me dice, que no tengo amor a mi Dios. Lo que me consuela es que usted le amará por mí, que no tengo, sin embargo, otra pretensión en la vida; mas este maldito amor propio es el veneno que todo lo destruye.

Es verdad que tuve en otro tiempo tres deseos tan ardientes, que los miro como tres tiranos que me hacían sufrir un continuo martirio, sin dejarme ningún reposo; y eran el de amar a mi Dios, sufrir, y morir en este amor.

Pero al presente, creo yo que mi corazón se ha atraido, por sus infidelidades, este estado de reprobación y de insensibilidad. No puedo ya querer ni desear nada, aunque veo muy bien que todo me falta en lo concerniente a la virtud. Quisiera a veces afligirme por esto, pero no puedo; no estando ya en mi mano, no tengo ya libertad ni poder sobre mí misma. Y he aquí el pensamiento que me consuela: que el Sagrado Corazón de Nuestro Señor hará todo eso por mí; si yo le dejo obrar, El querrá y amará por mí, y suplirá todas mis impotencias y defectos. Ruéguele por mí, se lo suplico encarecidamente.

Es muy cierto, como me dice, que el que ama no cree sufrir nada, ni aun en medio de los mayores sufrimientos; pero también me confesará que no se puede amar sin sufrir, y el amor de mi Dios es un tirano implacable que nunca dice: *¡Basta!* Pero, ¡qué bueno es vivir y morir bajo su imperio!

Por lo que hace al deseo que le viene de sacrificarse por la salvación de los infieles en los países extranjeros, creo que po-

dría presentárselo a los Superiores cuando lo sienta, y luego abandonarse a todo lo que de usted disponga Nuestro Señor, por medio de la obediencia.

Dios mío, estoy abusando demasiado de su paciencia con tan largos discursos. Obligándome mi poco tiempo disponible a escribirle ésta a retazos, temo haberle dicho muchas veces la misma cosa; mas la caridad del Sagrado Corazón de nuestro soberano Dueño que reina en el suyo, lo excusará y perdonará todo. Yo no sé si le agradará el impulso que El me infunde de enviarle de su parte un librito que nos han regalado *(el de la Hermana Joly)*; una persona muy celosa de su gloria lo ha hecho imprimir. Me parece que Jesús quiere me despoje de él en obsequio suyo. En fin, yo le suplico que se abrase en las más vivas llamas de su puro amor.

Sor Margarita María.
De la Visitación de Santa María.

Dios sea bendito eternamente.

P. S.—Siendo cierto, como creo, que Dios no le comunica sus dones extraordinarios sino para hacerle un gran santo, no dejo de darle gracias por esto, y de pedirle para usted la gracia que le corresponda, según toda la extensión de sus designios. Haga lo mismo por mí, se lo ruego encarecidamente, pues sus misericordias para conmigo son grandes e incomprensibles. Y pídale al mismo tiempo perdón de mis ingratitudes e infidelidades. El pequeño Oficio contenido en ese libro ha sido compuesto por un Padre *(Gette)* de la Compañía.

María concepta sine peccato.

Carta CXXXI

SEGUNDA DE AVIÑON, AL P. CROISET

Gozo de Margarita por haber empezado a escribir el Padre. "Mi muy querido Hermano en el Sagrado Corazón de Jesucristo". Grandes recompensas a sus apóstoles. Confíe y desconfíe. Componga un Retiro espiritual. Nuevas y espléndidas promesas. Infinitas riquezas. "Con tal de que yo pueda amarle, esto me basta". Horror de sí misma. Ardiente sed de padecer. "Yo me contento tan sólo con amarle. Precioso tesoro descubierto a las Hijas de la Visitación y a los Hijos de San Ignacio, para que ellos lo descubran a los demás. "Mucho espera El de su santa Compañía". "Yo Reinaré, a pesar de mis enemigos y de cuantos se opongan a ello". Gracias por los libros que me ha enviado. Progresos de la preciosísima devoción. Cómo han de ser los escritos que la propaguen. Insinúa la Santa la idea del Apostolado de la Oración. Mutua comunicación de bienes espirituales. Mi Soberano pagará por mí. San Luis Gonzaga, Patrono de esta devoción. Cómo escribe sus cartas Margarita.

¡Viva † Jesús!

10 de Agosto de 1689.

He rogado a mi Divino Maestro que, puesto que no me permitiría contestar a su precedente, tuviera la bondad de hacerlo El mismo con la abundancia de sus gracias y los ardores de su puro amor, del que deseo que estén siempre inflamados y consumidos nuestros corazones ahora y por toda la eternidad.

Creo, si no me engaño, que si me ha diferido el consuelo de enviarle esta respuesta, ha sido para dármelo mayor ahora que ya le ha proporcionado el contento que esperaba con esa pequeña obra que no es más que el comienzo de lo que aguarda para más tarde. Ha hecho muy bien en no diferir por más tiempo, so pretexto de vuestras ocupaciones, porque ellas no le habrían servido de excusa legítima ante el Sagrado Corazón, después de haberle dado pruebas tan convincentes de su voluntad sobre el particular. Esta debe disipar todas las dudas que le pudieran contener en lo sucesivo.

Me pide que le conteste extensamente. Le aseguro, mi *muy querido Hermano en el Sagrado Corazón de Jesucristo* (que quiere que le llame así) que voy a decirle en su santa presencia todo lo que me inspirare para su gloria. No está en mi poder hacerlo de otro modo, ni preparar nada para escribir; pero le diré sencillamente lo que El me haga poner en el papel, sin cui-

darme de su resultado. Esto depende de su soberano poder, que hace cuanto le place, valiéndose de medios, que según el cálculo humano, parecerían más bien obstáculos que medios para lograr sus designios. Esto es lo que hace que yo me considere en este caso como el barro que puso sobre los ojos del ciego de nacimiento, el cual, parecía ser un medio contrario al propósito que tenía de darle vista.

Debo, pues, decirle que la lectura de la suya, con los libros que ha tenido la bondad de enviarnos, me ha hecho sentir tan gran transporte de alegría, que no pude contener mis lágrimas. Me prosterné ante la infinita grandeza de nuestro Soberano, para darle las gracias por la merced que le había hecho, eligiéndolo para un designio que debe serle tan glorioso por el gran número de almas que esta devoción a su Divino Corazón apartará de la senda de la perdición para encaminarlas a la de la salvación. Y como tiene tan vivos deseos de ser conocido, amado y honrado por los hombres, en el corazón de los cuales tanto ha anhelado establecer por este medio el imperio de su puro amor, ha prometido grandes recompensas a todos los que se emplearen en hacerle reinar.

Así, pues, ¡oh cuán dichoso es en contarse en este número!, porque me parece ser su voluntad que le asegure de su parte que este principio le ha sido tan grato, que se ha propuesto concedele las gracias que había destinado a otro, el cual se excusó con sus ocupaciones, de hacer lo que usted ha hecho. Y que quiere, si no me engaño, que haga en lo sucesivo, mientras tenga el valor de proseguir, a pesar de los obstáculos y contradicciones que podrá oponerle Satanás, en la ejecución de todo lo que de usted desea.

El le sostendrá y no le dejará carecer de ningún medio necesario, con tal de que todo lo espere de El, con un perfecto olvido y desconfianza de sí mismo, y una humilde y amorosa confianza en su bondad cuya grandeza me hace conocer muy bien en esta ocasión. Considero como una maravilla las santas disposiciones de esos corazones en haber sido tan dóciles a la devoción y amor del de nuestro adorable Maestro.

¡Oh cuántas gracias ha concedido a estas queridas almas, haciéndoles gustar tan prontamente una devoción tan propia para su santificación! Las considero todas en este divino Co-

razón como otras tantas almas que se ha escogido y predestinado a su amor eterno; pero sobre todo ese buen librero que se ha portado con tan buena voluntad, y que, con su generosidad, ha alcanzado un lugar en ese Corazón adorable, que le dará un asilo seguro en la hora de la muerte. Nada pudo hacer jamás que mejor le fuera recompensado; y usted me ha procurado una gran satisfacción con darme a conocer detalladamente todas estas cosas; porque no puede imaginarse el consuelo que por todo ello me hace experimentar ese amable Corazón. Cierto que me siento siempre en un abismo de confusión con la vista continua de mi nulidad, en el cual este soberano poder me tiene de tal modo sumergida, que me parece imposible que pueda salir de él ni un momento.

Aquí es donde yo quisiera derretirme en acciones de gracias y de reconocimiento para con ese divino Corazón por las grandes mercedes que nos ha hecho queriendo servirse de nosotros para darle a conocer, amar y honrar, pues tiene reservados bienes infinitos a cuantos se emplearen en esto con todas sus fuerzas y según su inspiración. Siga, pues, animosamente lo que le sugiera acerca del deseo que me manifiesta. Es lo mismo que yo había pretendido pedirle con aquellas meditaciones indicadas en mi carta (*la precedente*) en la que quizás no expresé bien que ese Retiro espiritual es lo que ese Divino Corazón pide con ardor para atraer a las almas a vivir según santas máximas, encerrándose con El por amor.

Haga, pues, sin dilación lo que de usted desea porque no puedo menos de decirle que me insta ardientemente a esto, por el vehemente deseo (que descubre cada vez más a su indigna esclava) que tiene de ser reconocido, amado y honrado de los hombres, para reparar las grandes amarguras y humillaciones que le han hecho sufrir y a los cuales quiere, por este medio, aplicarles el merecimiento de los mismos.

Para dar a comprender cuán excesivo es este deseo, ha prometido a todos cuantos se consagren y ofrecieren a El para darle este contento (que consiste en tributarle y procurarle todo el amor, honor y gloria que esté en su poder, según los medios que El les proporcione) que jamás les dejará perecer; que les será un asilo seguro contra las asechanzas de sus enemigos, pero sobre todo en la hora de la muerte; que los recibirá amo-

rosamente en su divino Corazón, poniendo en seguridad su salvación, cuidando de santificarlos y glorificarlos delante de su Eterno Padre, mientras se tomen el trabajo de engrandecer el imperio de su amor en los corazones; y que, como El es la fuente de todas las bendiciones, las derramará abundantemente en todos los lugares donde sea honrada la imagen de ese Sagrado Corazón.

Es que su amor le apremia a distribuir el inagotable tesoro de sus gracias santificantes y salvadoras en las almas de buena voluntad, buscando los corazones vacíos, para llenarlos con la suave unción de su ardiente caridad y consumirlos y transformarlos todos en El. Quiere espíritus humildes y sumisos, sin otro deseo que cumplir su santa voluntad.

Prometió además que daría la paz a las familias en que reinara la discordia, y protegería a las que estuvieran en necesidad; que difundiría esta suave unción de su caridad en todas las Comunidades religiosas en las que fuere honrado y se pusieran bajo su particular protección; que reuniría todos los corazones para no formar más que uno solo con El; que apartaría de ellos los rayos de la divina justicia, volviéndolos a la gracia, cuando se hallaran privados de ella.

¡Oh, mi querido hermano en este Divino Corazón, si me fuera dado manifestar las infinitas riquezas que están ocultas en este precioso tesoro, y con las cuales enriquece y regala a sus fieles amigos! Si lográramos comprenderlas, de seguro pondríamos todo nuestro ahinco en procurarle el gozo que desea con tanto ardor. Por esto querría yo tener millones de vidas para sacrificarlas con todos los tormentos más espantosos que se puedan imaginar, hasta con todos los del infierno, fuera de aborrecer a este amantísimo y amabilísimo Corazón, puesto que todos los demás suplicios me serían un placer con tal de hacerle reinar. Nada hay comparable, a mi entender, a esa privación de su amor, que es un mal que no puedo explicar, causándome horror tan sólo el oírlo.

En fin, al cumplimiento de sus designios todo lo sacrificaría sin reserva alguna, no sintiéndose mi corazón, según me parece, susceptible de otra cosa que de los intereses de ese divino Corazón. Por manera que, desde que tuvo la misericordia de consagrarme El mismo a su amor y a su gloria, ya no me cuido más

de qué manera me trata. Con tal que El esté contento, esto me basta; ya sea que me encumbre o me humille, que me consuele o me aflija, todo esto me da el mismo contento en su contento, fuera del cual no puedo yo hallar otro en la vida que pueda satisfacer mi corazón. Después de habérselo entregado enteramente al de mi soberano Maestro, le dejo aun el cuidado de perfeccionarlo a su modo, no deseando más que lo que El quiera darle. En fin, con tal que yo pueda amarle, esto sólo me basta.

Pero ¡ay dolor! que me temo que esta insensibilidad de que acabo de hablarle de paso, no sea aquel estado deplorable de endurecimiento de que habla el Apóstol. Le confieso sinceramente que, por lo demás, no veo nada en mí ni en mis acciones que no sea digno de castigo; y hablándole francamente, como así parece que lo desea, siento en mí, con todo lo que acabo de decirle una continua pena de haber engañado a las criaturas que me creen mejor de lo que soy. Cierto que, si me conocieran, no tan sólo tal cual soy, que no me podrían sufrir, sino únicamente tal cual yo me conozco y me veo de continuo, les daría tanto horror como lo tengo yo de mí misma, el cual es tan grande, que me cuesta trabajo sufrirme a mí misma.

Esto es lo que causa mi confusión cuando ese Divino Corazón permite que se dé algún crédito a las palabras de tan ruin criatura, a quien ese adorable Corazón tiene siempre como anegada en un mar de amargura y en un abismo de humillación y de confusión, para rendir homenaje por conformidad a aquella humillación y confusión en que siempre le tuvo a El la divina justicia, por los intereses de su Padre Eterno. Aun los movimientos de gozo que el establecimiento del Reinado de ese Sagrado Corazón dan algunas veces al mío, pasan como un relámpago y vuelvo a caer en seguida en esas amargas aflicciones en las que hallo una paz inalterable. Esta me hace indiferente al vituperio o alabanza de las gentes, pensando que todo esto no me puede hacer otra de la que efectivamente soy delante de Dios.

Le conjuro por todo el amor que profesa a su divino Corazón, que le pida que le haga conocer cuánto hay de malo en esta disposición, y lo que le disgusta en mí, y que me haga la caridad de decírmelo sin embozo. Porque yo soy una

pobre ciega en todo lo que me concierne; y el temor que abrigo de ser un obstáculo a los designios que tiene ese Corazón de darse a conocer y hacerse amar, me hace muchas veces desear que me retire de esta miserable vida en la que no hallo más satisfacción que la de sufrir continuamente para conformarme con ese Amado de nuestras almas. Es tan ardiente el anhelo de padecer que El imprime en la mía, que una pobre famélica nc recibiría el alimento con más avidez que la que mi corazón siente de alimentarse con el pan delicioso de los dolores, desprecios y humillaciones, olvido de las criaturas y confusión. En esto hallo el agua saludable para mi mal, y la única capaz de calmar un tanto la ardiente sed que me consume.

Pero ¡ay de mí!, yo no sé por qué mi soberano Señor permite que te diga todo esto, como no sea para que le pida que me hunda en su eterno desprecio y olvido de las criaturas, que deseo no se acuerden ya más de esta ruin y miserable, sino para despreciarla y hacerla sufrir, a fin de que ese divino Corazón establezca su imperio sobre mi entera destrucción y aniquilamiento. A dicha grande tendré el verme abatida y privada de toda estimación, a medida que El sea honrado y encumbrado en el ánimo de las criaturas, de quienes quisiera ser desconocida, a medida que El fuera reconocido, porque El solamente merece todo el amor, el honor, la gloria y alabanza en el tiempo y la eternidad.

Y puesto que quiere que le diga sencillamente mis pensamientos, hágame el favor de que todo quede en el secreto del Sagrado Corazón de Nuestro Señor Jesucristo, el cual me priva de los medios de reflexionar sobre lo que le digo, pues le hablo sin meditarlo, obedeciendo a sus impulsos. Pero deme a conocer lo que haya en esto de malo, pues le aseguro que nada deseo en todo y por todo sino el cumplimiento del beneplácito divino, dejando a ese Divino Corazón que quiera y desee de mí y por mí lo que mejor le plazca. Yo me contento tan sólo con amarle; que El amará por mí todo lo que El quiere que yo ame.

Aunque este tesoro de amor sea un bien propio de todo el mundo, y al cual todos tienen derecho, ha permanecido, no obstante, siempre oculto hasta el presente, que ha sido dado particularmente a las religiosas de la Visitación. Es que están

destinadas a honrar su vida oculta a fin de que, después de habérseles descubierto a ellas, lo manifiesten y distribuyan a los demás.

Pero está reservado a los Reverendos Padres de la Compañía de Jesús el dar a conocer el valor y utilidad de este precioso tesoro, del cual cuanto más se saca, tanto más queda por sacar. A su arbitrio estará, pues, enriquecerse con toda suerte de bienes y de gracias; y por este eficaz medio que les ofrece podrán desempeñar perfectamente según sus deseos, el santo ministerio de caridad al cual están destinados. Porque este divino Corazón infundirá de tal modo la suave unción de su caridad en sus palabras, que penetrarán como una espada de dos filos en los corazones más empedernidos, para disponerlos al amor de ese divino Corazón; y las almas más criminales serán encaminadas por este medio a una saludable penitencia.

En fin, por este medio desea repartir a la Orden de la Visitación y a la de la Compañía de Jesús la abundancia de esos divinos tesoros de gracias y salvación, con tal que le tributen lo que espera de ellas, que es un homenaje de amor, honor y alabanza, y que trabajen todo cuanto puedan para el establecimiento de su reinado en los corazones. Mucho espera El de su Santa Compañía en este particular, y abriga grandes propósitos en este punto (61). He aquí por qué se ha servido del buen Padre de La Colombière, para dar comienzo a la devoción de ese adorable Corazón. Del mismo modo espero que usted será uno de los que El se servirá para introducirla en su Orden. ¡Oh, qué mercer para usted si así sucede, y si usted secunda sus designios!

Pero todo despacio y suavemente, según los medios que para ello El le procurare, dejándole el éxito de todo, sin otro deseo y voluntad que la que El le diere a conocer en cada ocasión en que quiera que obre. He aquí el medio, a mi entender, destinado a su santificación; porque a medida que trabajare, ese divino Corazón lo santificará con su misma santidad.

No deben sorprendernos las contradicciones y oposiciones que el demonio nos suscitará, porque esté seguro de que el Soberano de nuestras almas sostendrá El mismo su obra, y que será más poderoso para defenderla que sus enemigos para com-

(61) Véase la nota segunda de la carta 141.

batirla. En fin, yo creo que se cumplirán aquellas palabras que hacía oír de continuo al oído del corazón de su indigna esclava, entre las dificultades y oposiciones que fueron grandes en los principios de esta devoción: «*Yo reinaré a pesar de mis enemigos y de cuantos se opongan a ello*». Me infundían éstas tanto consuelo y esperanza de que así sería, que cuanto más me privaban de los medios con que contaba, prohibiéndome que hablara más de ello, tanto más yo confiaba y esperaba que Dios, siempre fiel a sus promesas, realizaría la obra por sí mismo, antes que dejarla imperfecta, porque siempre ha prometido a su indigna esclava que cuidará de procurarle todos los medios necesarios para el cumplimiento de sus designios, y que nada le faltará. Así lo ha cumplido siempre, hasta excediéndose de sus promesas.

Ya vé, pues, cómo quiere mi Soberano que le hable sencillamente de todas estas cosas que son para mí como un abismo del que no puedo salir, cuando me da libertad de hablar de ellas, lo que no siempre acontece, sino raras veces, cuando a El le place; porque, fuera de estos casos, le puedo asegurar que me siento tan incapaz de hablar o escribir, que me parece imposible poder hacerlo.

Mas le repito que todo esto quede en el secreto de ese divino Corazón; es decir, que tenga la bondad de no nombrarme ni darme a conocer a nadie, porque debo confesarle la falta que me ha hecho cometer el deseo de ser desconocida sobre el particular. Y es que ese Reverendo Padre a quien usted dirigió la precedente a la última de sus cartas, haciéndome el honor de escribirme, yo no le contesté por el motivo que acabo de manifestar. Pero le quedaré obligada si tiene la bondad de quemar esta carta en la que debo decirle además, que siendo muy grande mi agradecimiento por los libros que ha tenido la dignidad de enviarnos, y hallándome privada de todo medio de corresponder (porque soy enteramente pobre, a Dios gracias), mi Soberano Señor, me ha dado a entender que debía dejarle el cuidado de este agradecibiento que El satisfará con bienes infinitos. Así confío que nada perderá, y que será El mismo su recompensa.

Gran deseo tenía yo de conservar uno de los libros, pero su bondad no ha querido permitírmelo, dándome a entender que

su gloria exigía que yo los diera a aquellos a quienes El quería, según me lo daría a conocer. El uno fue para nuestra querida Madre Superiora (*Madre Melin*); el otro para una persona que no excusa gasto ni fatiga para el establecimiento de su reinado, y el tercero para otro que le ha hecho construir una Capilla, como lo hemos hecho nosotras aquí con un grande y hermosísimo cuadro. Pero esta persona seglar (*su hermano el Alcalde*) ha hecho más que nosotras; ha fundado a perpetuidad en aquella Capilla una Misa todos los primeros Viernes de cada mes, la cual debe sernos de gran consuelo.

El Ilustrísimo Señor Obispo de Langres ha permitido que en toda su Diócesis se celebre la fiesta de ese Divino Corazón, y se diga su Misa, la cual fueron a cantar con música los Señores de la Santa Capilla a la Iglesia de nuestras Hermanas de Dijon. Le digo esto para hacerle ver los felices progresos que su bondad infinita imprime a esa devoción, a fin de que le de las gracias. Quizá no le disgustará que le envíe uno de los primeros libros (*el de Moulins*) que han sido impresos en honor de su divino Corazón, a fin de que, si lo juzga a propósito, tome de él las Letanías del Sagrado Corazón de la Santísima Virgen para añadirlas al vuestro. Y como observo que las devociones breves e inflamadas dan más gusto y producen más efecto que las otras, así es como yo desearía que estuviera el libro que trata de reimprimir, pero sobre todo las meditaciones, oraciones y prácticas, a fin de que el pobre espíritu humano pueda hallar en ellas más gusto y placer que disgusto. Es preciso, pues, que continúe como ha comenzado, porque agradan y satisfacen mucho las que nos ha enviado.

Por lo que me toca al secreto, no debe temer que falte yo a él por mi parte. Pero ¡ay! que me temo que no suceda así con los demás, lo que me afligiría muchísimo.

Si se pudiera formar una Asociación de esta devoción, en la que los asociados participaran del bien espiritual los unos de los otros, creo que sería esto muy grato a ese divino Corazón. Me parece que desea además que tengamos una particular unión y devoción a los santos Angeles, que están particularmente destinados a amarle, honrarle y alabarle en el divino Sacramento de amor, a fin de que hallándonos unidos y asociados con ellos, suplan por nosotros en su divina presencia, tanto para tribu-

tarle nuestros homenajes, como para amarle por nosotros y por todos los que no le aman, y para reparar las irreverencias que nosotros cometemos en su santa presencia (62).

Le digo muchas cosas, tanto porque así me lo ha permitido, como porque no sé si podría callármelos sintiéndome impelida a hacerlo por ese Soberano de mi alma, que tal vez desea por ellas ser glorificado. Pero como no poseo la inteligencia de saberme expresar, no sé si podrá comprender lo que le digo, ni siquiera leer esta carta, que no es más que un borrador, por ser mucha su extensión. Bien me imagino que le quitará las ganas de pedirme otras largas.

Pero perdone la abundancia de ese manantial inagotable, que se complace en derramarse con abundancia en favor de sus amigos. Esto entiendo quiere hacer con usted ese divino Corazón, pues espera mucho de usted. Me dice que no cree que le ruego por usted hasta que no haya conseguido el amor y la humildad. Tocante al primero, no me da cuidado; basta que El conozca lo que hace en esta materia. Y por lo que hace a la segunda, yo creo, según así me lo ha dado a entender, que no desea privarle de los movimientos contrarios a esta virtud de la humildad para dejarle en esto ocasión de pelear, a fin de que

---

(62) No afirmamos que no haya otras Asociaciones que realicen de algún modo esta preciosa idea de Santa Margarita María: pero sí que el Apostolado de la Oración, por su objeto y por su organización y por su historia y por su extensión es la Asociación que más perfectamente la realiza.

Baste decir respecto a esta mutua participación de méritos, que está expresamente pactada entre el Apostolado con sus 125.787 centros (que éstos eran los expresamente inscriptos en la Dirección general el 1 de Diciembre de 1938) y sus 35 millones de socios y las 750 Ordenes y Congregaciones Religiosas que hasta esa fecha le habían concedido expresamente participación de sus méritos y buenas obras.

El Apostolado lo fundó en Vals (Francia) el P. Gautrelet, S. J., el 3 de Diciembre de 1844, y su órgano Oficial, *El Mensajero*, el 1861. A principios de 1933 se editaban 69 *Mensajeros* en 44 lenguas.

Por lo demás, el *Apostolado de la Oración* es cada día con más verdad *Apostolado del Sagrado Corazón de Jesús*. Así lo reconoció expresamente el P. Ramiere, S. J., que fue quien lo organizó y asentó sobre sólidas bases doctrinales. «El Apostolado, decía, es la forma más perfecta de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, a la cual da al mismo ttiempo toda la verdad de su objeto, toda la perfección de su fin y toda la solidez de su organización. Así lo han reconocido en ocasiones solemnes autorizados personajes y nuestro mismo Santo Padre Pío XI que lo han llamado (y lo llaman en varias regiones) *Liga o Congregación o Apostolado del Corazón de Jesús*.

haya lugar de recompensar sus victorias, y, además, a fin de que esté continuamente alerta con suma desconfianza de sí mismo.

No dude, pues, más de que ruego por usted, puesto que sabe que, además de tener parte en el adorable Corazón de nuestro Soberano en todo el bien que yo pueda hacer y en todo lo que pueda sufrir con su gracia (ya que nos ha unido con igualdad de bienes espirituales como hermano y hermana, supliendo de su parte lo que falta a la mía, y por eso le llamo *hermano en ese Sagrado Corazón*); además, ofrezco una comunión todos los meses a su intención, con todo lo demás que ya le tengo dicho hago por usted.

Pero ¡ay! ¿qué es todo esto, considerando la persona que lo practica respecto de todo lo que usted hace por mí? Por esto me siento incapaz de manifestarle los sentimientos de gratitud que ese Soberano hace experimentar a mi pobre corazón, el cual se siente de continuo impelido a dar a conocer y amar al de nuestro divino Señor, lo que causa en mí un continuo martirio.

Hemos acrecentado nuestros bienes espirituales, porque un santo sacerdote se ha ofrecido espontáneamente a celebrarnos una misa todos los primeros viernes de mes, y yo le ofreceré una comunión. Tal vez ni imagina siquiera por que me da tanto consuelo la unión de oraciones con las almas santas. Es que además de formar con ellas un buen capital para lograr por este medio mi santificación y mi eterna salvación, mi Soberano se ha consagrado El mismo todo el ser de su miserable esclava y todo lo que de ella depende con todo el bien que se le haga. Por esto le prometió, si no me engaño, recompensar con los tesoros de su divino Corazón todo el bien que se le hiciere. De este modo es como creo que recompensará a todos los que me procuren y dieren algún bien espiritual, porque ya no será a mí, sino a ese amable Corazón que se lo ha apropiado todo.

Pensé sucumbir a la tentación que tuve de enviarle un breve manuscrito de una versión del *Oficio del Sagrado Corazón*, en verso, pero he considerado que le costarían demasiado los portes, por serle una cosa inútil. Mucho me regocijará ver la imagen de ese santo Corazón en los demás libros cuya impresión

esperamos, conforme a lo que nos decía. No debe dudar de que yo deje de hacer cuanto pueda para darlos a conocer.

Le envío uno de los libritos que se hicieron imprimir al principio de esta devoción; y como indica que es necesario rezar al bienaventurado Luis Gonzaga para alcanzarla, desearía que tuviese la bondad de enviarnos una imagen suya, grabada en dulce, que fuera del mismo tamaño que la del reverendo Padre La Colombière. Es para nuestra capilla del Sagrado Corazón.

Ya ve cuán importuna soy. Su carta me ha servido de gran consuelo; pero debo confesarle que me aflige mucho tener que escribirle por la razón de que no siéndome dado leer mis cartas, ignoro lo que pongo en ellas porque lo olvido a medida que lo voy escribiendo y, como no sé si repito siempre lo mismo, me causa esto gran confusión y vivos deseos de no volver a escribir más. Espero, con todo, que su bondad lo excusará todo por el amor del Sagrado Corazón, al cual le suplico tenga a bien hacer llegar ésta a sus manos, porque no sé cómo poner la dirección. ¡Dios sea bendito eternamente!

Carta CXXXII

TERCERA DE AVIÑON, AL P. CROISET

Teme mucho la Santa engañarse y engañar a otros. ¿Quién fue desde sus primeros años su único Director? "He ahí al que te envío". Paz inalterable bajo su conducta. Primeras manifestaciones del Divino Corazón a Margarita. Primeros cultos de sus novicias. "Yo reinaré a pesar de mis enemigos..." El Monasterio entero abraza gozoso el nuevo culto. Modo admirable como escribe la Santa sus cartas. Espléndidas promesas del Divino Corazón a sus devotos. Más ricas promesas en favor de sus apóstoles. Me ha destinado a ser la víctima de su Divino Corazón. "El vale diez millones de veces más que todos sus dones". Se ve como un compuesto de toda clase de miserias. Cómo purifica la santidad de Dios. "De ningún modo me dé a conocer". Diligencias en favor de este culto. El Corazón de Jesús quiere reinar en los palacios de los reyes. La Visitación y la Compañía de Jesús, elegidas para promover la nueva devoción. Gran valimiento del P. de La Colombière. "Fuera de El, todo lo demás es nada para mí". Misericordiosos designios de Jesucristo al descubrirnos su amoroso Corazón. Continuas tribulaciones del mismo. Tres cosas que pide de nosotros. Fuente inagotable con tres caños. El Divino Corazón, árbol preciosísimo plantado en la

Visitación y beneficiado por los Padres Jesuitas. Es un abismo sin fondo de cinco clases de bienes. Grandes ánimos al P. Croiset para el apostolado. Diversos encargos.

¡Viva † Jesús!

15 de Septiembre 1689.

Mi reverendo padre:

[Me pide que le hable confiadamente: ¡ay! no está en mi poder el hacerlo como usted quisiera, sino conforme agrade a mi Salvador.]

Porque si supiera la imposibilidad en que me coloca de no poder decir más que lo que El quiere, me aconsejaría que guardara silencio antes que hacele la menor resistencia. Pero hablándole francamente, temo mucho, en medio de todas las gracias que recibo de su misericordia, engañarme y engañar a aquellos a quienes su claridad hubiera hecho concebir acerca de mí pensamientos ventajosos y bien distantes de lo que soy en realidad. No sea de este número, ni haga caso de lo que me obliga a decirle, pues creo que ese divino Corazón se comunicará más fácilmente a sus secretos y su santa voluntad, que a una pobre, miserable e indigna pecadora como yo, que siempre quisiera no tener jamás otra ocupación que la de amar, obrar, padecer y callarse.

Para hacerle comprender mejor que no hay que hacer caso de lo que digo, y que tengo motivo para temerlo todo, es preciso que le confiese que jamás he tenido otra dirección que la del Soberano de mi alma. Porque desde que empecé a conocerme, tomó un imperio tan absoluto sobre mi voluntad, que me hacía obedecerle en todo, sin que yo pudiera impedirlo. El me reprendía y corregía mis faltas con mucha severidad, por poco voluntarias que fuesen. El me infundía tan gran horror al pecado, haciéndome ver cuánto le desagradaba, que yo me ocultaba para llorar cuando me había dejado llevar de mis vanidades.

No aspiraba a otra cosa que a poder encontrar un sitio donde pudiera vivir pobre, desconocida y despreciada, a fin de conversar mejor con mi soberano Dueño, para aprender a amarle y conocerle, porque me hallaba yo en una aldea sin medios para instruirme en las cosas espirituales. Ni siquiera sabía lo que era hacer oración, fuera de lo que El me enseñaba. El me mo-

delaba a su modo, y continuó dirigiéndome de esta suerte hasta que me puso en la santa religión, que yo pensaba ser aquel lugar oculto al que aspiraba ardientemente para hacer penitencia.

Sin embargo, aunque cambió de conducta para conmigo, no por esto me abandonó, sino que me hizo ver que ajustaría de tal modo las gracias continuas que me hacía, al espíritu de mi regla y a la obediencia debida a mi Superiora, que lo uno no fuera contrario a lo otro. No dejaba yo, sin embargo, de hacer cuanto me era posible para alejarme de ese espíritu y para retirarme de su dirección, según se me mandaba. ¡Cuánto tuve yo que sufrir con esto! Pero aquel Soberano de mi alma, que obraba en mí independientemente de mí misma, hacía inútiles todos mis esfuerzos, sin que a pesar de todo, me impidiera jamás obedecer.

Pero cuanta más resistencia le hacía yo para alejarle de mí, más presente le tenía. Me hicieron caer en tan grandes temores, que me movían a desear y pedirle que me sacara de ellos. El me lo prometió, añadiendo que me enviaría a su *fiel siervo y perfecto amigo,* que me enseñaría a conocerle y abandonarme a El sin más resistencia. Y en efecto, me envió al R. P. La Colombière, el cual, desde luego, me hizo comprender bien, que él era el enviado de parte de Dios, a fin de que le descubriese todo el fondo de mi alma.

Yo le abrí mi corazón, con tan facilidad, que sin premeditación ninguna le dije todo lo que había pasado por mí, todas las gracias que había recibido de mi Soberano, de la manera sencilla que El me había enseñado, sin reparar que hablaba de mí misma, de lo cual tenía yo tanto horror, que si lo hubiera advertido, no hubiera podido hacerlo. Y lo que me manifiesta la voluntad de Dios en este caso es que este buen Padre me llamó espontáneamente, sin que nos conociéramos para nada. Y al mismo tiempo me fueron dichas distintamente estas palabras: «He ahí al que te envío».

Después de muchas conversaciones, sin que se ofendiera él en lo más mínimo por las maneras rústicas con que yo le trataba, me aseguró en el camino difícil en que me hallaba, camino todo sembrado de cruces y de espinas. Entre ellas he caminado

siempre, no obstante, las gracias continuas e inexplicables que he recibido siempre de este Soberano de mi alma.

Luego que este buen Padre hubo tomado conocimiento de toda mi conducta, me prohibió resistir nunca a este espíritu, y me dijo que me abandonara absolutamente a su beneplácito, para dejarle obrar según toda la extensión de su poder, lo cual dio una paz inalterable a mi alma. Sin más ni más le digo todo esto, y no sé para qué se lo digo, sino a fin de que bendiga al Señor y le dé gracias por mí de que todavía no me ha sumergido en los infiernos, por las grandes resistencias que le he hecho y por lo que he abusado de sus gracias. Esto me causa tanto dolor, que por ello quisiera hacer continua penitencia.

Y, sin embargo, no hago más que ofenderle; así que le conjuro por la santa caridad que nos une en ese Corazón adorable, que le pida perdón por mí, y que se interese por mi salvación, pues me parece que El lo quiere.

Mas, volviendo a la devoción del Sagrado Corazón, es verdad, se lo confieso, que a ese buen Padre es a quien hice la primera manifestación de esto, conforme se me había ordenado de parte de mi Soberano, el cual le otorgó más gracias en este tiempo que hasta entonces le había concedido. Pero decirle cómo El concedió la primera gracia de esta devoción a su indigna esclava, ¡oh Dios mío! eso es lo que no me ha sido permitido explicar desde aquella primera vez, como tampoco la manera cómo se verificó. El solo recuerdo de este beneficio produce siempre nuevos efectos de gracias en mi alma, la cual desde el abismo de su nada se pierde y se abisma en el de las misericordias de su Salvador, y me hace exclamar con Santa Teresa: *Misericordias Domini*, etc.

Pero, aunque el deseo que el Corazón adorable de nuestro divino Dueño tenía de ser conocido, amado y honrado particularmente, fue manifestado a este buen Padre, no dejó de permanecer todavía secreto más de ocho o nueve años y hasta que su indigna esclava, a quien El había descubierto su deseo, fue encargada de la dirección de nueve o diez jóvenes novicias. Estas, habiendo oído hablar sobre el particular, se dieron con tanto ardor a honrar al Divino Corazón, del cual yo les di una imagen trazada con una pluma sobre un pedacito de papel, que hicieron grandes progresos en su perfección en poco tiempo.

Y aun cuando esta devoción les acarreó muchas mortificaciones, no se desalentaron, antes se animaron más a honrar al Sagrado Corazón.

Habiéndole erigido un altarcito para tributarle sus homenajes, procuraron reparar con sus penitencias las injurias y ultrajes que recibe en el Santísimo Sacramento. Y algunas alcanzaron de sus padres recursos con que hacer pintar una imagen pequeña, lo cual no se les permitió por temor de que introdujesen alguna novedad. Nadie se atrevía a hablar de esto sino en secreto, porque habiéndose traslucido afuera, y oponiéndose fuertemente a esta devoción un gran siervo de Dios, todos se me echaban encima. Yo no me incomodaba por esto, sino que me regocijaba de que me honrase El con su cruz, por medio de aquellas ligeras persecuciones y contradicciones que se levantaron al punto, y que dieron a esta ruin pecadora el consuelo de sufrir sin otro apoyo ni consolación que la de este Divino Corazón. El me fortificaba con estas palabras, que oía yo en lo más íntimo de mi corazón con un regocijo inconcebible: «*Yo reinaré a pesar de mis enemigos y de todos cuantos a esto quieran oponerse*».

Mas como la cruz es un tesoro precioso que no puede conservarse sino cuando está sepultado en un humilde silencio, me conviene callar sobre tal asunto. Solamente diré que después de dos o tres años que duró esto, cambió El de tal manera los corazones opuestos, que se hizo erigir a honor suyo en el recinto de nuestro Monasterio, una capilla muy bella, con un grande y hermosísimo cuadro de este Sagrado Corazón. Cada una de nuestras Hermanas contribuyó a esta obra con tanto ardor, que bien pronto estuvo acabada, y ésta es ahora la devoción principal de nuestra comunidad. Solamente yo sirvo de obstáculo al establecimiento de su Reinado en los corazones, y éste es el motivo de mi mayor dolor.

He ahí algo de lo que me pide, no siéndome permitido explicarme más en particular. Una cosa debo decirle, la cual me impedirá escribirle más, si la obediencia no lo dispusiera de otra suerte; y es que cuando escribo, después de haberme puesto de rodillas para hacerlo, como un discípulo delante de su maestro, escribo según El me dicta, sin cuidarme ni pensar en lo que escribo. Esto me hace pasar grandes humillaciones, tan-

to por el temor que tengo de decir lo que quisiera callar y tener oculto, como por la creencia en que me hallo de que vuelvo a decir siempre la misma cosa.

Me ha prohibido volver a leer las cartas que escribo, porque cuando lo hacía no podía contenerme, y las rompía o quemaba. Así que me he visto sorprendida cuando, leyendo vuestra carta, he visto lo que creía haberle dicho acerca de este estado de indiferencia, de insensibilidad, de reprobación, de condenación, en que creía estar; todo eso ha resultado dicho de una manera, muy distinta y se lo ha hecho explicar tan ventajosamente, que yo no encuentro en mí nada de todos esos actos y disposiciones de que me habla. Esta indiferencia no es en mí más que una insensibilidad a la gracia.

Lo que me dice del amor de mi Señor Jesucristo, me hubiera hecho morir de dolor, si lo hubiera entendido en ese sentido; mas lo decía en el de que las penas del infierno me parecían suaves para hacer reinar a este amable Corazón; pero siempre exceptuando esa privación de amor, a menos que yo no viera en ello el beneplácito divino, lo cual no puede ser.

Me dice que ruegue por usted. Así lo hago, más que por ningún otro; pero ¡ay! ¿podría sentir los efectos de las oraciones de una criatura tan malvada que no es apta más que para atraer la cólera de Dios y detener el curso de sus misericordias? Yo ofrezco por usted y por la realización de nuestros designios, a gloria del Sagrado Corazón, los Santos Sacrificios de la Misa, que algunos santos religiosos y eclesiásticos dicen a mi intención todos los viernes, y también ofrezco la santa Comunión dos o tres veces al mes, sin contar todo lo demás.

Y pues quiere que le diga mi sentir acerca de los proyectos que tiene para honrar al Corazón divino, creo, si no me engaño, que le son muy agradables. Yo espero que esta devoción será uno de los medios de que El se quiere servir para sacar de la perdición un gran número de almas, arruinando en ellas el imperio de Satanás, para reponerlas, con su gracia santificante, en el camino de la salvación eterna, como me parece haberlo prometido a su indigna esclava. Me hizo ver esta devoción como uno de los últimos esfuerzos de su amor para con los hombres, a fin de que, poniéndoles a plena luz en un cuadro particular su divino Corazón, traspasado de amor por su salvación, pueda

asegurar su salud eterna, y no dejar perecer a ninguno de aquellos que le estén consagrados; ¡tan grande es el deseo que tiene de ser conocido, amado y honrado de sus criaturas!

A fin de poder en alguna manera contentar este ardiente deseo que su amor tiene de difundirse, El les repartirá con abundancia gracias santificantes y saludables. El les servirá de asilo seguro en la hora de la muerte, para recibirlos y defenderlos de sus enemigos. Mas para esto es preciso vivir conforme a sus santas máximas.

Respecto de aquellos que se emplean en hacer que sea conocido y amado, ¡oh! si yo pudiera y me fuera permitido expresarme y dar a nococer las recompensas que recibirán de este adorable Corazón, diría como yo: «*¡Dichosos aquellos a quienes El empleare en la ejecución de sus planes!*».

Le aseguro que es dichoso por ser de este número; como yo no puedo dudar que El os haya destinado enteramente a eso, siga sin temor las luces que le dará para este efecto, y no deje este bien para otro. Usted lo ha recibido por haberlo rehusado otro que quiso preferir la elección que él había hecho de su empleo para glorificar a Dios, a la elección que ese mismo Dios había hecho de él para que hiciera conocer, amar y honrar su Sagrado Corazón. Por esta razón le ha privado de un número infinito de gracias, que ahora están a su disposición, si quiere corresponder a los santos impulsos y a las luces que le dé para este efecto. Y la razón por la cual no me es permitido hablar de las recompensas que promete a los que se empleen en esta obra, es para que trabajen sin otro interés que el de su gloria, movidos de su puro amor.

Ya ve cuán libremente le digo mi pensamiento, según que me es permitido; pues cuando no agrada a mi soberano Señor, me quita toda memoria y toda inteligencia sobre lo que quisiera decir, de suerte que es imposible hacerlo. Y de igual modo me deja en tal incapacidad de presentarle ciertas intenciones o personas que no son de su agrado, ya porque examinen la razón de sus voluntades, ya por otras causas, que me hace sufrir un tormento inexplicable en semejantes ocasiones. Yo no desisto, aunque El rechace mis demandas; mas combatiendo, por decirlo así, con El, respondo a veces por esas personas, y me obligo frecuentemente a una larga y penosa serie de sufrimientos.

Estos son mi ejercicio continuo, desde que me ha destinado, si no me engaño, para ser la víctima de su Divino Corazón, y su hostia de inmolación sacrificada a su beneplácito, e inmolada a todos sus deseos, para consumirse continuamente sobre ese altar sagrado con los ardores del puro amor paciente.

No puedo vivir un momento sin sufrir; y mi alimento más dulce, y mi plato más delicioso es la cruz compuesta de toda clase de dolores, penas, humillaciones, pobreza, menosprecio y contradicciones, sin otro apoyo ni consuelo que el amor y la privación. ¡Oh, qué dicha poder participar en la tierra de las angustias, amarguras y abandonos del Sagrado Corazón de Nuestro Señor Jesucristo! Pero advierto que satisfago demasiado mi gusto hablando de la cruz, la cual es como un perfume precioso que pierde el buen olor delante de Dios, cuando se la expone al viento de la demasiada locuacidad. Es, pues, mi herencia sufrir siempre en silencio.

Mas en cuanto a responder a lo que me pregunta de las gracias que yo, su indigna esclava, he recibido de ese Corazón adorable, no puedo hacerlo. El me obliga y me fuerza, por decirlo así, con frecuencia a descubrirlas a las personas para las cuales las ha destinado. Después las quita de mi memoria para dejarme ocupada en El solo, que vale diez millones de veces más que todos sus dones, los cuales no pueden ser considerados más que con relación a su amor.

Paréceme, no obstante, que puedo decirle que, si me fuera dado contarle las gracias y las misericordias de ese todo amante y todo amable Corazón, necesitaría un libro doble mayor que el vuestro; ¡vea si no merezco mil veces el infierno por mis continuas infidelidades e ingratitudes! Se me ha dado a conocer, si no me engaño, que estas gracias no me serían concedidas sino en favor de otras personas, para gloria del Sagrado Corazón, y que así, yo no debía apropiarme ni atribuirme nada de ellas. Así que no me queda más que la vista de mí nada criminal, que veo continuamente como en un cuadro que este Soberano de mi alma tiene delante de mis ojos. En él me hace verme a mí misma como un compuesto de toda suerte de miserias que quiere El cambiar en un compuesto de sus infinitas misericordias.

¡Oh, si supiera qué tormentos sufre mi alma, al verse tan

impura ante la santidad de Dios que no puede sufrir la menor mancha en un alma que conversa con El! Esta santidad es como un fuego devorador que penetra y consume hasta la médula de los huesos, y exterminaría mil veces a los pecadores si esta amorosa misericordia no se pusiera por medio; pues es inexorable. Se me figura no haber suplicio que no parezca más dulce que el que esta santidad de Dios hace sentir, cuando quiere purificar a un alma para comunicarse a ella. Le confieso por mi parte, que las gracias que El me concede son siempre precedidas y seguidas de esta clase de tormentos, o de un purgatorio de humillaciones, y a no sentirme sostenida y fortificada por Aquel mismo que me aflige, me sería imposible soportar ese tormento.

Pero ¡Dios mío! ¿a qué conduce el entretenerle con esta suerte de discursos tan ajenos a nuestro asunto? Yo creo que lo permite su bondad a fin de que pueda conocer de qué espíritu procede lo que le digo, y por el cual soy conducida, y esto para desengañarle y para ayudarme a salir de este camino, si no es seguro. Yo rogaré a Nuestro Señor le dé luz sobre esto, a fin de que me diga lo que cree sobre todo lo que aquí le digo, en el secreto del Sagrado Corazón de Nuestro Señor Jesucristo. Por amor le pido esta gracia: queme esta carta, después de haberla visto, para decirme lo que juzga, y que sólo sea vista por usted, pues sin ilación ni concierto he puesto en ella más de lo que pienso. Ni aún sé si la podrá leer, ni comprender lo que le digo, porque no sé expresarme. Mas, en nombre de Dios, de ningún modo me dé a conocer, pues el ser conocida es para mí un martirio más rudo que cuanto pueda decirle.

En cuanto a lo que me propone en su carta, tanto acerca de las meditaciones como de las indulgencias, me parece ver clara e indudablemente que el Sagrado Corazón es quien le ha inspirado obrar de este modo. Pues me da a conocer que le es tan agradable, que nadie sino El mismo hubiera podido inspirarle una cosa tan de su agrado, y creo ha de recibir en esto mucha gloria. Anticipadamente siento yo en ello una gran consolación, y me regocijo sobremanera. Pero al solicitar las indulgencias, ¿no habría medio de conseguir que la Santa Sede Apostólica aprobara la Misa en honor del Divino Corazón? También éste es un punto muy importante. Y, si bien tengo esperanzas de que

se consiga, no sé de quién se querrá servir para ello; pues ya muchos han visto frustrados sus intentos.

Hay otra cosa de la cual me siento muy impulsada a hablale, por el gran deseo que el Sagrado Corazón tiene de ello, según me manifiesta. Y es el de la propagación de esta devoción en los palacios de los Reyes y de los Príncipes de la tierra, a fin de recibir tanto placer siendo amado y honrado de los grandes, como profundas fueron las amarguras y angustias que experimentó, cuando en su Pasión fue tan despreciado, ultrajado y humillado. Paréceme, se lo confieso, que esta devoción protegería grandemente a la persona de nuestro Rey, y podría dar feliz suceso a sus armas y procurarle grandes victorias.

Mas no me toca a mí hablar de esto; es preciso dejar que obre el poder de ese Divino Corazón, del cual ha tenido la bondad de presentarme algunos libros. Verdad es que jamás me hubiera podido hacer un obsequio más gustoso; pero me siento del todo confundida de su liberalidad para con una persona a quien el Señor de tal manera la ha despojado de todo, que nada la ha dejado sino a sí misma.

He ahí por qué es preciso que aquellos a quienes El inspira que me hagan semejante caridad, no esperen por ello otra recompensa que la que El mismo les dará en mi lugar, porque creo haber recibido la seguridad de que tomará a su cargo el agradecer y recompensar todos los beneficios que a esta su ruin esclava se hicieren. Yo, por mi parte, le rogaré con todo mi corazón que así lo haga con usted. Yo le suplicaría que, si no le sirviera de molestia, pusiera en su nuevo libro las letanías de la Santísima Virgen.

Tengo otra cosa importante que decirle: que a una religiosa de la Visitación, muerta hace unos cuarenta años en olor de santidad, le fue revelado que la devoción al Corazón Sacratísimo de Nuestro Señor Jesucristo, tendría principio en la Orden de la Visitación. Y siendo esto así, pienso que todo se ha realizado por medio de nuestro Santo Fundador, el gran San Francisco de Sales, el cual había destinado a sus Hijas a rendir homenaje a ese Divino Corazón, conformando toda su vida a las santas máximas del mismo.

Yo, por mi parte, no puedo menos de creer que, si es verdad que esta devoción amabilísima ha nacido en la Visitación, pro-

gresará por medio de los Reverendos Padres Jesuitas (63). Y creo que para esto precisamente había escogido al bienaventurado amigo de su Corazón (*el B. de La Colombière*) para el cumplimiento de ese gran designio, que, como espero, será muy glorioso a Dios, a causa del ardiente deseo que tiene de comunicar por este medio su amor y sus gracias.

¡Oh si pudiéramos comprender las grandes ventajas, las gracias y las bendiciones que esto proporcionará a las dos Ordenes religiosas! ¡Con cuánto ardor trabajaríamos en ello si conociéramos bien los frutos de ese tesoro! Conviene dirigirse a su fiel amigo, el buen P. de La Colombière, al cual Jesús ha otorgado un gran poder encargándole, por decirlo así, de lo concerniente a esta devoción. Confidencialmente le confieso haber recibido de él grandes socorros, siéndome aún más favorable que cuando estaba acá en la tierra. Si no me engaño, esta devoción del Sagrado Corazón le ha hecho muy poderoso en el cielo, y le ha elevado más en la gloria que todo lo restante que hubiera podido hacer durante todo el curso de su vida. Espero yo que lo mismo sucederá con usted, si quiere corresponder y seguir los santos movimientos de la gracia.

No se olvide de avisarme qué día tendrá la dicha de ofrecer ese gran sacrificio de amor (*la primera Misa del P. Croiset*), pues tengo en él una gran esperanza conforme a sus promesas. Quizá se arrepienta ya de ello a causa de mi indignidad y pobreza espiritual; mas espero que el Sagrado Corazón suplirá por todo y que si redobla sus súplicas para pedirle me convierta enteramente a su puro amor, me concederá esta gracia en mi retiro, en el cual entraré dentro de tres semanas.

Entonces sí que tendré particular necesidad de que me ayude en la presencia de mi Soberano, el cual, a mi parecer, de tal modo me ha formado y destinado para su amabilísimo Corazón que El solo constituye toda mi alegría, mi consuelo, mi tesoro y mi felicidad. Fuera de El todo lo demás es nada para mí. Se me figura no haber cosa alguna que yo no quisiera hacer ni sufrir por complacerle en lo que desea con tanto ardor.

Quiere ante todo reavivar con esta devoción la caridad resfriada y casi extinguida en los corazones de la mayor parte de las criaturas, dándoles un nuevo medio de amar a Dios por

(63) Véase la nota segunda de la carta 141.

medio de su mismo Sagrado Corazón, tanto como El lo desea y lo merece, y así reparar sus ingratitudes. Este Corazón divino es el tesoro del cielo, cuyo oro precioso se nos ha dado de muchas maneras, para pagar nuestras deudas y adquirir la gloria, y ésta también la última invención de su amor; de nosotros depende el aprovecharnos de ella. ¡Infelices aquellos que no lo hagan o no quieran hacerlo!

Desea El que, santificándonos, glorifiquemos a ese Corazón amantísimo que ha sufrido más que todo el resto de la santa humanidad de Nuestro Señor Jesucristo. Porque desde el momento de la Encarnación, este Corazón Sagrado se vio sumergido en un mar de amargura, sufriendo desde aquel primer instante hasta su último suspiro en la Cruz. Todo lo que sufrió interiormente la Santa Humanidad en el cruel suplicio de la cruz, lo padeció continuamente este divino Corazón. Por esto quiere Dios que sea honrado con particular homenaje a fin de que los hombres le hagan experimentar tanto gozo y placer con sus obsequios y amor, como penas y amarguras le han hecho sentir con sus ofensas.

Nada hay más dulce, ni más grato y al mismo tiempo, más fuerte y eficaz para convertir a los pecadores más endurecidos que la suave unción de la caridad ardiente de este Corazón amable. El penetrará los corazones más insensibles por medio de la palabra de sus predicadores y fieles amigos, haciendo que sea como una espada ardiente que derrita en su amor los corazones más helados. Y esto se refiere particularmente a los religiosos de la santa Compañía de Jesús, a quienes se ofrecen estas gracias para darles medios favorables de desempeñar digna y perfectamente las funciones de su ministerio de caridad, para gloria de Dios en la conversión de las almas.

Deben los tales excitar mucho a las almas a que se aprovechen del gran tesoro encerrado en esta devoción al Sagrado Corazón de Jesús, por medio del cual podemos a nuestro arbitrio satisfacer a la justicia divina.

Primeramente, es preciso secundar sus deseos y trabajar en hacer que sea conocido y amado con el amor más puro y exento de todo interés propio.

En segundo lugar, quiere que nos dirijamos a El en todas nuestras necesidades, con una confianza humilde y respetuosa,

pero enteramente filial, abandonándonos por completo a su solicitud amorosa, como hijos a su buen Padre, el cual habiéndonos dado la vida en la cruz, con tantos dolores, no podrá olvidarse de sus ternuras para proveer a todas nuestras necesidades.

Por último, quiere una gran caridad para con el prójimo y que roguemos por él como por nosotros, pues uno de los particulares efectos de esta devoción es el de reunir los corazones divididos y pacificar las almas.

Cuando se ha caído en alguna falta, conviene recurrir a ese Corazón divino para ponernos nuevamente en gracia de Dios Padre, al cual se debe ofrecer una de las virtudes opuestas a nuestra falta, como su humildad por nuestro orgullo y así de las demás; haciéndolo con amor, satisfaremos por este medio, según sus promesas, nuestras deudas para con su divina justicia.

Es este divino Corazón una fuente inagotable, en la cual hay tres caños que fluyen sin cesar:

El primero de misericordia para los pecadores, sobre los cuales derrama el espíritu de contrición y penitencia.

El segundo de caridad, se difunde para socorro de todos los miserables que se hallen en cualquier necesidad. Particularmente los que tienden a la perfección encontrarán aquí, por medio de los santos ángeles, fuerzas con que superar los obstáculos.

Del tercero brotan el amor y la luz para los amigos perfectos, a quienes quiere unir consigo mismo para comunicarles su ciencia y sus máximas, a fin de que se consagren enteramente a promover su gloria, cada uno a su manera. La Santísima Virgen será la especial protectora de éstos, para hacerlos llegar a la vida perfecta. Además este divino Corazón será el asilo y puerto seguro a la hora de la muerte, de todos aquellos que le hayan honrado durante su vida, y los defenderá y protegerá.

Debo manifestarle un pensamiento que me viene al escribirle; y es, que este divino Corazón es como un árbol hermoso que ha echado muy profundas raíces en la Orden de la Visitación, a causa de su pequeñez. Esta misma hará que aparezca mejor la majestad de su poder y de su grandeza. Este árbol está cargado de toda suerte de frutos buenos y saludables, propios pa-

ra sanar del veneno del pecado, y devolver la vida al alma. Y, como no quiere que un fruto tan precioso permanezca escondido y sin provecho, ha escogido a los Reverendos Padres Jesuitas para distribuirlo y hace gustar su dulzura y suavidad a todos y a cada uno, descubriéndoles cuán útil y provechoso será para las almas que de El se alimentaren con las disposiciones requeridas.

En fin, este divino Corazón es un abismo de bondad en el cual deben los pobres arrojar sus necesidades; un abismo de gozo, en el que es preciso arrojar todas nuestras tristeza; un abismo de humillación para nuestro orgullo; un abismo de misericordia para los miserables, y un abismo de amor, donde debemos arrojar todas nuestras miserias.

Pero, Dios mío, ¡qué dicha fuera, si este divino Corazón quisiera manifestar su poder en este tiempo de calamidades y desolación, tanto para el sostenimiento de la fe, como para el restablecimiento de la paz, haciendo triunfar a nuestro Rey de sus enemigos! Menester sería para esto que fuera conocido en estas regiones; ¿cómo se podría hacer esto? Mas yo no sé por qué, al decirle todo esto, me siento abismada en una extraña confusión.

Mas ¡ay de mí! que quizás sea porque todo lo que le he dicho es enteramente inútil; pero puedo asegurarle no haber sido mi intención decírselo cuando comencé esta carta. Espero la quemará después de haber examinado por qué espíritu ve que soy conducida, para decírmelo y desengañarme, si es posible. Porque, si es espíritu del demonio, muy desgraciada sería, por el gran imperio que tiene sobre todo mi ser corporal y espiritual, de tal suerte, que a mi parecer tan enteramente me ha hecho para sí, que mi corazón parece insensible a todo otro movimiento que a aquellos que El exige, como le place, de este mismo corazón, sea de alegría o de tristeza, de consuelo o de dolor, etc.

En fin, ahí tiene los dos borradores de carta que me pide, mas creo que quizá no encontrará en ellos nada de lo que deseaba. Es que el Señor, a mi juicio, quiere dárselo todo por sí mismo, y quiere hacerlo todo en usted, porque le ama. Pero le digo muy en particular que, según El me lo ha dado a entender, para usted están abiertos los tesoros de su Sagrado Cora-

zón, y veo que le hará tomar de ellos abundantemente, y aún se los repartirá con profusión, para el cumplimiento de esa gran obra, para la cual me parece que no puede dudarse que le ha destinado. Mas, si no me engaño, quiere que trabaje en ella con un perfecto olvido y desconfianza de sí mismo, apoyado enteramente sobre esa perfecta confianza en El, la cual le da ya tan abundantemente. Además es preciso no tener otra mira que la de su puro amor.

No dejaré de ofrecerle esos dos santos religiosos (*los Padres Gette y Villette, S. J.*), sobre los cuales, si no me engaño, tiene el Señor grandes designios para gloria de su divino Corazón que ama a las almas humildes y puras. Recomiéndeme usted a su caridad para con los pobres pecadores, encargándoles no me olviden en sus santos sacrificios. ¡Qué Dios sea bendito eternamente, y se digne consumirnos en las llamas de su puro amor!

Permítame que se lo diga una vez más: tanto en las meditaciones como en lo restante, sea ardiente en el amor cuanto le fuera posible, y sea todo breve y conciso. Creo comprenderá bien lo que le quiero decir.

Me olvidaba decirle que muchas personas desean ardientemente ver aprobada la Misa del Sagrado Corazón, al menos por los señores Obispos, si todavía no se puede conseguir que lo sea por el Papa. Por esto me instan fuertemente a que me dirija al autor de ese librito de Lyon, para rogarle que mire a ver si podría alcanzar que fuera aprobada por el Sr. Arzobispo de Lyon, como sabe que la ha aprobado para su diócesis el Señor Obispo de Langres; creo que ya ha visto esta aprobación. Procuro dar a conocer sus libros cuanto puedo. Vea lo que podría hacer sobre lo que le digo...

Carta CXXXIII

CUARTA DE AVIÑON, AL P. CROISET

Abrasémonos en amor al amantísimo Corazón. Hace al P. Croiset dos advertencias dictadas por su profunda humildad. "Busco una víctima para mi Corazón". Todos sus favores iban ajustados a la santa obediencia. "¡Cuánto tendrá que sufrir por mi amor!" La favorece con su presencia actual y continua. Admirables manifestaciones y efectos de esta divina presencia. La primera de las grandes revelaciones. Otra revelación del Sagra-

do Corazón con sus insignias. ¿Para qué manifiesta, por medio de su fidelísima sierva, a los hombres su amoroso Corazón? Ardores del de Margarita. La vestidura de la inocencia. "He aquí el lugar de tu descanso". Testamento de Margarita en favor de Jesús, y de Jesús en favor de Margarita. Le manda que practique la Hora Santa. Las dos santidades de justicia y de amor, tienen a la Virgen de Paray clavada perpetuamente en la Cruz. "Tengo sed ardiente de ser amado de los hombres". El Divino Corazón es un sol ardiente. Alusión a la gran Revelación y al P. de La Colombière. Tres apóstoles del Sagrado Corazón. "Queme estas cartas". Aprueba Margarita el libro del P. Croiset. No quiere lastimar al amante Corazón con peligro de la caridad. Desconfianzas y temores de sí misma. Cómo hay que esparcir la semilla de la preciosísima devoción. Trabajad unidos sus apóstoles. Aprueba las meditaciones para los viernes. ¿Quiere conocer a la Hermana Joly?

¡Viva † Jesús!

De nuestro Monasterio de Paray.
3 de Noviembre de 1689.

No hay más remedio; ha llegado por fin la hora de que nuestros corazones se consuman enteramente en la ardiente hoguera del Sagrado Corazón de nuestro amable Jesús, ya que no pudiendo contener en sí mismo sus llamas, las lanza con tanto ardor en los corazones que halla dispuestos para recibirlas. ¡Abrasémonos eternamente en ellas!

Cuánto consuelo me dan sus cartas cuando me notifican los felices progresos de esta amable devoción, que es toda mi alegría y mi único regocijo en este valle de lágrimas. Ha hecho bien en decirme que ha recibido mi última, pues sentiría mucho que la viera ningún otro que usted, porque bien veo que, a pesar mío, me doy en ella a conocer más de lo que yo quisiera. Mas puedo asegurarle que lo hago tan sólo por la obediencia que así me lo ordena para gloria de mi divino Dueño, a la cual estoy sacrificada por completo. Conviene que le diga dos cosas que siempre me han atormentado en gran manera, al hablar de las gracias singulares que hace este Soberano a su indigna esclava.

La *primera* es que mucho me temo que, después de haberme engañado a mí misma, no engañe también a los demás a quienes hablo de estas cosas, y que se atribuya a la criatura lo que sólo es debido al Criador y a su pura misericordia. Siendo El quien todo lo hace y ha hecho siempre en este particular, puedo decir con toda verdad que nunca le he servido más que de obstáculo

por mi grande pobreza, que me convierte en un compuesto de toda suerte de ignorancias y de miserias.

Esta pobreza es, a mi juicio, uno de los motivos que le han obligado a servirse de un instrumento tan vil, como hizo con el lodo que puso sobre los ojos del ciego de nacimiento. Sí; porque si hubiera encontrado un sujeto más miserable e indigno para hacer de él un compuesto de sus grandes misericordias, a ése le hubiera escogido. Guárdese, pues, se lo advierto, y no se deje engañar con lo que le digo.

La *segunda* cosa es que me dé la seguridad de que todo cuanto le he dicho o le dijere, quedará reservado bajo el sello de un inolvidable secreto, no hablando jamás de mí para darme a conocer, ni durante mi vida ni después de mi muerte. Queriendo como quiero permanecer aniquilada, desconocida, sepultada en un eterno olvido, me concederá la gracia de quemar todas mis cartas, a fin de que, en cuanto lo permita la gloria de mi divino Señor, no quede memoria alguna de tan miserable criatura. Le digo esto una vez por todas. La seguridad que me diere de lo que le pido, y de que contribuirá, cuanto le fuese posible, a dar a conocer al Sagrado Corazón de Nuestro buen Señor, dejándome a mí desconocida, conservará en paz mi alma y me hará contar este favor en el número de los mayores que le debo.

Me manda que le hable confiada y sencillamente, o más bien, lo quiere así mi divino Dueño; pues sin esto en vano me esforzaría por hacerlo. No puedo responder a lo que me pide sin decirle bastantes cosas que desearía quedaran sepultadas en un eterno silencio, a menos que no exigiese otro proceder la gloria de mi soberano Dueño.

Dígame lo que piensa acerca de lo que acabo de decirle, pues me da a conocer el Señor que debo dar crédito a lo que me dijere de su parte, y he sentido algunos efectos de ello. Cuando en su carta me ha asegurado que es el espíritu de Dios quien me conduce, esto me ha tranquilizado un poco, pero no me ha quitado la gran pena que sufro al hablar de mí o de esas gracias singulares, que, por el mal uso que de ellas hago, sólo servirán para mi mayor condenación. Pues llevo una vida del todo opuesta a esos favores, y todas mis obras me condenan. Mas después de todo, y puesto que usted me asegura que esto es lo

que mi Soberano quiere de mí, ¿debo atender tanto a mis intereses?

Le diré, pues, que habiéndose presentado un día el divino Salvador a su indigna esclava, me dijo: *«Busco para mi Corazón una víctima que quiero sacrificar como una hostia de inmolación para el cumplimiento de sus designios».*

Entonces, sintiéndome toda penetrada de la grandeza de aquella soberana Majestad, y habiéndome prosternado, le presenté muchas almas santas, que corresponderían fielmente a sus designios, me replicó este amable Salvador: *«No quiero otra que a ti, y para esto te he escogido».*

Toda deshecha en lágrimas, repuse que bien sabía El que yo era una criminal, y que las víctimas debían ser inocentes; que yo no haría más que lo que ordenase mi Superiora. Consintió; mas no cesaba de perseguirme, y yo de resistirle, por el gran temor que tenía de que esos caminos extraordinarios me apartasen del espíritu sencillo de mi vocación. En vano le resistía. No quería darme punto de reposo, hasta que por orden de la obediencia me hubiese inmolado a todo lo que deseaba de mí, que era hacerme una víctima sacrificada a toda suerte de sufrimientos, de humillaciones, contradicciones, dolores y menosprecios, sin otra pretensión que la de cumplir sus designios. Habiéndome, por fin, ofrecido a ello con todo mi corazón, me dijo que bien sabía mis temores; pero que me prometía, como creo habérselo dicho ya, ajustar de tal modo sus gracias al espíritu de mi Regla, a la obediencia debida a mis Superioras y a mi debilidad y flaqueza, que lo uno no impediría a lo otro.

Después de esto me otorgó sus gracias con tanta profusión que no me conocía a mí misma. Aumentó esto mucho más mis temores, y me obligó a pedirle insistentemente que jamás permitiera que se descubriese en mí nada, excepto lo que me hiciese más vil, abyecta y despreciable delante de las criaturas. Y El me lo prometió.

En unos Ejercicios que hice algún tiempo después, recibí de su incomprensible liberalidad y misericordia ciertas gracias de que no necesito hablar. Solamente diré que entonces me descubrió su bondad la mayor parte de las gracias que había determinado hacerme en todo lo que concierne a su amable Corazón. Por lo cual prosternada le supliqué que tuviera a bien conceder

sus gracias a algún alma fiel, pues bien sabía que yo no era a propósito más que para servir de obstáculo a sus designios. Entonces me hizo entender que por esto mismo me había escogido, a fin de que no pudiera atribuirme nada a mí, porque El mismo supliría todo lo que me faltara.

En cierta ocasión este Soberano de mi alma, habiéndome favorecido con su visita, me dijo: «*Vengo a enseñarte cuánto tendrás que sufrir por mi amor y para la ejecución de mis designios*». En seguida me descubrió lo que debía hacer el resto de mi vida; mas todo ello con tan fuertes impresiones que todos aquellos sufrimientos se imprimieron en mí como si efectivamente los hubiera experimentado todos en aquel momento. Me añadió en seguida que no debía temer nada, porque El me prometía una de las mayores gracias que hubiera concedido jamás a alguno de sus amigos, y era la de favorecerme con su actual y continua presencia.

Como un fiel y perfecto amigo tendría sus delicias con su indigna esclava, favoreciéndola con su amorosa conversación. «*Las faltas que cometas, yo las purificaré por medio de los sufrimientos, si tú no lo haces por medio de la penitencia. No te privaré de mi presencia por esto, pero te la haré tan dolorosa, que equivalga a cualquier otro suplicio*».

Desde este punto realizó tan bien su promesa que le tenía a todas horas presente. Le sentía siempre cerca de mí como cuando se está próximo a alguno a quien las tinieblas de la noche nos impiden ver con los ojos corporales. Pero la vista penetrante del amor me hacía verle y sentirle de un modo mucho más amable y más seguro y de diferentes maneras.

Esta divina presencia infunde en mí tanto respeto, que cuando estoy sola no me deja reposar hasta que me postro de rodillas como una miserable nada ante aquel Todopoderoso. Esta grandeza infinita me envuelve con su poder, el cual de tal suerte se apodera de todas mis cosas y de todo mi ser corporal y espiritual, que puedo asegurarle a mi juicio, no tener yo poder alguno sobre mí misma. Porque obra en mí independientemente de mí misma, encontrándome como impotente para resistirle, aunque a veces el temor de ser engañada me haga poner en ello todos mis esfuerzos. El los inutiliza todos, no dejándome libre para nada, cuando le place.

El imprime en mí una paz inalterable, un gozo, una satisfacción y un deseo ardiente de conformarme a la vida paciente, humilde, oculta y despreciada de mi Salvador; de tal suerte que los desprecios, pobreza, dolores, humillaciones, son los manjares delicados de que se nutre constantemente mi alma, que no puede hallar gusto en otros. Todo mi placer en este destierro es el de no tener otro que el que se encuentra en la cruz de todo género de sufrimientos, privada de todo otro consuelo que el del Sagrado Corazón.

Le confieso que este Soberano de mi alma ha tomado tal imperio sobre mí, que, si fuera el espíritu del demonio, estaría condenada en lo más profundo del infierno. Le digo todo esto como me parece que es; pero ¡ay! no sé si me engaño, pues no me siento ni con juicio ni con discernimiento en todo cuanto a mí concierne; dígame su parecer.

Mas volviendo a lo que desea respecto del Sagrado Corazón, la primera gracia que me parece haber recibido con relación a El, fue un día de San Juan Evangelista (64). Después de haberme hecho reposar muchas horas en aquel sagrado pecho, recibí de este amable Corazón varias gracias cuyo recuerdo me enajena, y que no creo necesario especificar, si bien conservaré toda mi vida su recuerdo e impresión.

Después de esto (65), se me presentó el Corazón divino como en un trono de llamas, más ardiente que el sol, y transparente como un cristal, con su adorable llaga. Estaba rodeado de una corona de espinas que simbolizaba las punzadas que nuestros pecados le inferían; y una cruz encima significaba que desde los primeros instantes de su Encarnación, es decir, desde que fue formado este Sagrado Corazón, fue implantada en El la cruz. Desde aquellos primeros momentos se vio lleno de todas las amarguras que debían causarle las humillaciones, pobreza, dolor y desprecio que la Sagrada Humanidad debía sufrir durante todo el curso de su vida y en su sagrada Pasión.

Me hizo ver que el ardiente deseo que tenía de ser amado de los hombres y de apartarlos del camino de perdición, adonde

---

(64) Día 27 de Diciembre de 1673. Contaba Margarita María 26 años y hacia 14 meses que había emitido sus votos. Esta es, nos lo dice ella misma, la primera de las cuatro grandes Revelaciones.

(65) Algunas semanas más tarde, y en un Primer Viernes, según el Padre Hamon.

Satanás los precipita en tropel, le había hecho formar el designio de manifestar su Corazón a los hombres con todos los tesoros de amor, de misericordia, de gracia, de santificación y de salvación que contiene. A todos aquellos que quisieren tributarle y procurarle todo el amor, honor y gloria que esté en su poder, los enriquecerá con abundancia y profusión con esos divinos tesoros del Corazón de Dios, que es la fuente de ellos. Pero es preciso honrarle bajo la figura de ese Corazón de carne, cuya imagen quería que se expusiera y que llevara yo sobre mi corazón, para grabar en él su amor, llenarlo de todos los dones de que El estaba lleno, y destruir todos sus movimientos desarreglados. Y dondequiera que esta imagen fuere expuesta para ser honrada, derramaría sus gracias y bendiciones.

Esta devoción era como un supremo esfuerzo de su amor que quería favorecer a los hombres en estos últimos tiempos con esta redención amorosa, para sacarlos del imperio de Satán que El pretendía arruinar para colocarnos bajo la dulce libertad del imperio de su amor, el cual quería restablecer en los corazones de todos los que quisieran abrazar esta devoción.

Luego me dijo este Soberano de mi alma:

«*He ahí los designios para los cuales te he escogido y hecho tantos favores. Yo he tenido cuidado muy particular de ti desde la cuna: no me he hecho tu Maestro y tu Director más que para disponerte al cumplimiento de este gran designio, y para confiarte este gran tesoro que te muestro aquí al descubierto*». Entonces, prosternándome en tierra, le dije con Santo Tomás: « ¡Señor mío y Dios mío! ». Pero no puedo expresar lo que entonces sentía, pues no sabía si estaba en el cielo o en la tierra.

Desde aquel día las gracias de mi Soberano se hicieron más continuas; y no pudiendo contener en mí las ardientes impresiones de amor que me causaban, trataba de difundirlas, tanto por mis palabras como por escrito, pensando que los demás, recibiendo las mismas gracias, tendrían los mismos sentimientos. Pero me desengañaron de mi error el R. P. de La Colombière, y las humillaciones y persecuciones que esto atrajo sobre mí.

No habiendo llegado aún el tiempo que El se había propuesto, tomóse por sí mismo el cuidado de disponerme según su deseo, como me lo había prometido, no habiendo tenido

jamás otro director. He aquí algunas de sus disposiciones: La primera fue que después de una confesión general de mi vida tan criminal y perversa, en seguida de recibir la absolución, me mostró una vestidura, que El llamaba «de inocencia», la cual era más blanca que la nieve, y con ella me revistió, diciéndome: «*He aquí que yo quito para siempre la malicia de tu voluntad, a fin de que en adelante las faltas que cometiere sean para humillarte y no para ofenderme*».

Y después, abriéndome de nuevo su Corazón e introduciéndome en El, añadió: «*He aquí el lugar de tu descanso presente y perpetuo, donde podrás conservar sin mancha la vestidura de inocencia de que he revestido tu alma*».

Desde aquel entonces me veía y encontraba yo siempre en este amable Corazón de una manera que no sé expresar, sino diciendo que estaba como en un jardín o vergel delicioso esmaltado de toda especie de flores; y otras veces como un pececito en el vasto océano, y también como el oro en el crisol, para ser en él purificado; pero lo más ordinario es hallarme en El como en un abismo y horno de este amor.

Una vez me pidió que hiciese un testamento a su favor, de la manera que El me enseñaría; que mi Superiora serviría de notario, y que El le pagaría sus trabajos; todo se hizo como El lo había deseado. En seguida, habiéndoselo presentado, me lo hizo firmar sobre mi corazón de la manera dolorosa que quiso. Y luego me dijo: «*En fin, hete aquí toda mía y toda para mí, para hacer de ti todo lo que me agrade, como de mi hija, mi esposa, mi esclava, mi víctima y el juguete de los deseos de mi Corazón*».

El, por su parte, me hizo leer en su mismo Corazón, y luego escribir, lo que El había escrito para mí. He aquí algunas líneas con un testamento hecho en mi favor: «*Yo te constituyo heredera de los tesoros de mi Sagrado Corazón, para que puedas disponer de ellos a tu gusto en favor de las personas bien dispuestas. Este Corazón será tu fiador que responderá y pagará por ti. El será el reparador de todos tus defectos, y tendrá cuidado del desempeño de todos los deberes y obligaciones, y no carecerás de auxilio mientras El no carezca de poder. Y como tú te has entregado y sacrificado por completo al amor de su*

beneplácito, no debes ya tener otra aplicación que la de amarle y dejarte inmolar y sacrificar por El».

Me prometió además que tendría cuidado de castigar o recompensar todo lo que se me hiciere; y que, como todos los bienes espirituales que se me hicieren habrían de quedar a disposición de su Corazón Sagrado, en virtud de la donación que yo le había hecho de ellos, le agradarían tanto todos los que rogasen por mí, que los enriquecería con los tesoros de su Sagrado Corazón. Añadió que tenía un singular placer en disponer de las oraciones y sacrificios que se dijesen a mi intención, que no es otra que la suya. Ya me había dado a entender que suscitaría muchas de esas almas que rogaran por mí, a fin de que yo tuviese un medio de formarle un tesoro, pues aunque estuviere compuesto de sus mismos bienes, quería tener la satisfacción de distribuirlos a su gusto, como si fuera un bien que hubiera recibido. Y he ahí por qué los que me hacen algún bien espiritual, no solamente participan de las riquezas imensas de este divino Corazón, sino que también le complacen en gran manera.

Una vez este Soberano de mi alma me mandó velar todas las noches del jueves al viernes durante una hora, postrada en tierra con El, diciéndome que me enseñaría lo que deseaba de mí. Esto tenía también por objeto reparar lo que sufrió en aquella hora en que, estando en el Huerto de los Olivos se quejó diciendo que sus Apóstoles no habían podido velar con El una hora.

Me lo permitió la obediencia; pero es indecible lo que yo tuve que sufrir, pues parecíame que este Divino Corazón derramaba en el mío todas sus amarguras, y reducía mi alma a unas angustias tan dolorosas que a veces me parecía que iba a expirar. En este tiempo fue cuando me hizo ver que mi vida no sería más que un continuo sufrimiento, y que toda ella se deslizaría sobre una cruz compuesta de maderas de toda clase, pues quería establecer el reino y el imperio de su Sagrado Corazón sobre la ruina y la destrucción de mí misma. Y así lo han demostrado los efectos que se han seguido, pues no he pasado un momento sin sufrir, y casi siempre, según toda la capacidad de mis fuerzas corporales y espirituales.

He aquí cómo me hace sufrir este martirio continuo. Una vez me hizo ver en su Corazón adorable dos santidades: la una

de *amor*, la otra de *justicia*. Con esta última envolvía al pecador impenitente que había despreciado todos los medios de salvación que le había presentado. Entonces esta santidad de justicia le rechazaba del Corazón de Jesucristo, para abandonarle a sí mismo y hacerle insensible a su propia desgracia. Por medio, pues, de esta santidad me hace sufrir, sobre todo cuando quiere abandonar a alguna alma que le está consagrada.

Me obliga a soportar el peso de esta santidad de justicia, de una manera tan dolorosa, que no hay suplicio en la vida que pueda compararse, y me arrojaría voluntariamente en un horno ardiendo para evitarla. Sería demasiado larga si quisiera expresar lo que en este particular experimento; baste decir que esta santidad no puede tolerar la menor mancha en un alma que conversa con Dios, y aniquilaría mil veces al pecador, si a ello no se opusiera la misericordia.

La *santidad de amor* no es en su modo menos dolorosa, pero sus sufrimientos son para reparar de algún modo la ingratitud de tantos corazones que no corresponden al amor ardiente del de Jesucristo en el divino Sacramento del amor. Porque hace sufrir por no poder sufrir bastante, e imprime deseos tan ardientes de amar a Dios y de que sea amado, que no hay tormentos a que no se expusiera uno para conseguirlo.

Me fue, pues, mostrado que estas dos santidades se ejercitarían continuamente en hacerme sufrir. Por esto no hay nada mejor para mí que vivir y morir en la cruz, oprimida bajo el peso de toda suerte de sufrimientos, y me parece que no podría vivir sin sufrir. Mas, ¡ay de mí! que sucumbiría a cada paso si El no me sostuviera con su gracia poderosa. Este fue uno de los motivos por los cuales me mandó comulgar todos los primeros viernes de cada mes, o más bien, para reparar los ultrajes que durante el mes ha recibido en el Santísimo Sacramento.

Uno de mis mayores suplicios era cuando este Divino Corazón se me presentaba, diciéndome estas palabras: «*Tengo sed, pero una sed tan ardiente de ser amado de los hombres en el Santísimo Sacramento, que esta sed me consume; y no hallo a nadie que se esfuerce, según mi deseo, en apagármela, correspondiendo de alguna manera a mi amor*».

A veces este amable Corazón es como un sol que lanza sus rayos por todas partes y sobre cada uno de los corazones; más

sus influencias obran en ellos de bien diverso modo. Las almas de los réprobos son como el barro, y con los rayos de este sol se endurecen todavía más, mientras que las de los justos son con ellos purificadas y santificadas.

Continuamente me sentía impulsada y compelida a dar a conocer a este Divino Corazón, sin poder encontrar medios de hacerlo hasta que fue enviado a ésta el P. de La Colombière, y en la Octava del Santísimo Sacramento me fue preciso al fin rendirme, no pudiendo resistir ya más. Tuve que descubrirle, a pesar mío, lo que siempre había tenido oculto con tanto cuidado, porque él había sido destinado para la ejecución de este gran designio. Acerca del cual confieso que no sé si puedo expresarme, según que se me ha dado a conocer, porque es un abismo. Mas creo que ya sabrá bastante de esto, y que suplira lo que falta.

¡Si conociera el horroroso martirio que sufro al escribir esto! Lo escribo porque me da a conocer que es necesario para la gloria del Sagrado Corazón de mi Divino Maestro, al cual estoy totalmente dedicada y sacrificada; y todavía me ha sido preciso un mandato expreso de la obediencia. ¡Tan grande es la violencia que me hago al referirle todo esto, tal como me parece que ha pasado! Pero ¡ay de mí! no sé si me engaño, y si toda mi vida no es acaso más que ilusión. Dígame lo que le parece acerca de esto, pues lo que en ello me consuela es que al menos tendré siempre la dicha de sufrir conformándome con mi Esposo Crucificado.

Además, los favores que os refiero, según El me lo ha hecho ver siempre, no me los otorgaba solamente para mí, sino para distribuirlos a los demás. Por esta causa debía recibir a todos aquellos que El me enviara, y El me haría conocer que estaban efectivamente escogidos y destinados para hacer que fuera conocido, amado y honrado su Sagrado Corazón. Paréceme que no debe ya dudar que es usted de ese número, pero de una manera muy particular... Y, si no me engaño, no les ha reunido a los tres (*los PP. Croiset, Gette y Villette*) sino para promover esta obra, según las luces que El les comunicará. Creo que no le deben rehusar emplearse en esto, ya que los tres han recibido bastantes pruebas del amor de este Divino Corazón para devolverle el retorno que espera de ustedes. No han

de escatimar nada; y se han de emplear en cuanto puedan en el cumplimiento del designio que tiene de manifestar esta devoción como un medio de santificación y salvación a los hombres.

Pero ¿cómo me atrevo a decirle esto, yo, vil y miserable pecadora? ¡Qué! ¿acaso obran milagros mis palabras, o son oráculos a los cuales debe dar crédito? ¡Ah, Padre mío, qué confusión para mí el hablarle de esta manera! ¡En qué abismo de confusión y humillación no voy a quedar abismada! Mas no importa, suceda lo que quiera; con tal que el Corazón de mi amable Jesús sea conocido y amado y reine, esto me basta.

La gracia que le pido por amor de este Sagrado Corazón, y que le conjuro a que me la conceda por todo el amor que le tiene, es que todo esto quede bajo un inviolable secreto; queme estas dos últimas cartas, después de haberlas leído, no haciéndome hablar jamás, ni de palabra ni en sus escritos. Yo le ruego que no me rehuse esta gracia; de otro modo no le respondería jamás, ni a usted ni a nadie; tan grande es el deseo que tengo de vivir y morir desconocida. Espero de su bondad que me asegure esto en la primera ocasión; y así como yo hago todo lo que me manda, espero también esto de usted.

Le doy mil gracias por el regalo que me ha hecho, que es un tesoro para mí, del cual me despoja a veces el mismo Corazón divino más de lo que yo quisiera. Confieso que, tanto los libros como los puntos de meditación, me parecen conformes a lo que creo me ha dado El a entender acerca del particular por el agrado y placer que a mi juicio en ello recibe; no dudo que sea El mismo quien así os lo ha inspirado. Pero es menester, si no me engaño, acabarlo sin dilación, sino quiere que otro ocupe su puesto en esta obra, la cual me hace experimentar anticipadamente un consuelo incomparable (66).

No dejaré de hacer la visita al Santísimo Sacramento, a su intención, pues me causa un doble placer. Rezaré el Padrenuestro y el Avemaría que me pide, y ofreceré la comunión que le he dicho. Mas con todo esto le quedo deudora; aunque espero que el Sagrado Corazón lo recompensará todo, ya que El me ha hecho enteramente pobre. También le agradezco la devota

(66) Se refiere al ya citado y clásico libro «La devoción al Sagrado Corazón de Nuestro Señor Jesucristo».

imagen que nos ha enviado. Bien quisiera poder testificarle por ello mi reconocimiento, pero ¡ay! no tengo más que una voluntad llena de impotencia.

Se me olvidaba responder a una pregunta de su carta; ¿cuáles son los obstáculos que se han opuesto a esta santa devoción? Pero ¡Oh Dios mío! ¿cómo podría yo responder sin herir la caridad de ese divino Corazón, cuya menor injuria o frialdad para con El me es más sensible que todos los tormentos que pudieran hacerme sufrir?

Aquí tiene una larga y enojosa carta, que le hará, al menos, ejercitar la paciencia leyéndola, y le quitará el deseo de procurarse jamás otras semejantes. Su respuesta me dará tal vez algún consuelo y endulzará la pena que sufro al escribir. En fin, deseo que todo sea para gloria de nuestro divino Dueño, en cuyo amor anhelo que se consuma enteramente. ¡Que El sea por siempre bendito, amado y glorificado! Amén.

Se me olvidaba decirle que no puedo especificarle el tiempo en que me parece que me sucedieron todas estas cosas, por no pensar entonces que había de verme obligada alguna vez a hablar de ellas, aunque frecuentemente se me dijo lo contrario. El ardiente deseo que siempre he tenido de mantenerme oculta, me hace mirar como un castigo debido a mis pecados el no haberlo podido realizar, por exigirlo así la gloria y el interés de mi Soberano.

Aunque no he hablado más que de algunas de las puras liberalidades de su misericordia, y no de mí, en cuanto me ha sido posible, ni de los efectos e impresiones que esas gracias causaban y causan en mí, no deje de decirme su juicio, y de qué espíritu cree que viene todo esto. No obstante los efectos que en mí producen, que son siempre de amor, de paz, de confusión a la vista de mi nada, no dejaré de creer lo que me dijere usted acerca de ello. Aun cuando me hiciere ver que todo ello no es más que ilusión y engaño, paréceme que por esto no me turbaría absolutamente nada, pues jamás me he adherido a ello, sino tan sólo a Aquel que creo es su autor, que es mi Señor Jesucristo, del cual me parece que no me pueden separar, y al cual no me pueden quitar. Esto me basta.

Por lo demás estoy persuadida de que nada se hará en esta obra sino a mi costa, es decir, que mis penas y sufrimientos,

sean de humillación, de anonadamiento, de desprecio, de dolor o de contradicción, aumentarán a medida que el reino e imperio de este amable Corazón se extienda por medio de esta devoción, en la cual basta hacer lo que nos inspire que esté en nuestro poder. Luego, después de haber arrojado la semilla, hay que dejar obrar a la gracia de ese divino Corazón, el cual se encargará de cultivarla y hacerla fructificar con la unción amorosa de su ardiente caridad, la cual quiere dar a conocer por este medio a aquellos a quienes ha destinado a ser sus verdaderos amigos para amarle y glorificarle eternamente en el cielo, según se hayan ocupado en esta empresa en la tierra. Hay que esperar que no dejará perecer nada de cuanto le esté consagrado, como ya lo he dicho.

Me es preciso confesarle, antes de terminar, lo que me siento compelida a decirle y es que este divino Corazón recibirá, a lo que me parece, un gran placer en que haya una santa y estrecha unión entre los tres, es decir, unión de usted con esos dos santos religiosos (67), que le son también tan agradables, a fin de que, de común acuerdo, le glorifiquen cada uno en la manera que El les diere a conocer que lo desea. Si esto no se puede hacer, no reciban pena por ello, pues ya ve que no hago más que exponerle sencillamente mis pensamientos, según su deseo. Me parece que el Sagrado Corazón les comunicará abundantemente sus gracias, y les manifestará sus secretos.

Por lo demás, no me cansaré de testificaros los sentimientos de gratitud que El me da por todas las obras de caridad que habéis ejercitado conmigo; El sea su eterna recompensa. Todas las razones que me da no creo sean suficientes para retardar el proyecto de sus meditaciones (68), que me parece no puede ser mejor. He visto los puntos que abarcan, con mucha consolación; suplico al Corazón divino que cada vez le abrase más en su puro y santo amor.

Preciso es decirle aún, o más bien preguntarle, si le agradaría conocer a una santa religiosa (*la Hermana Joly*) que es la que ha hecho imprimir los libritos de Dijon. No es que ella

(67) Los ya citados PP. Gette, que había compuesto un *Oficio parvo del Sagrado Corazón de Jesús*, y Villette, de quien se ha hablado en otras cartas.

(68) Se refiere a las que el Padre Croiset puso en su libro para todos los Viernes del año.

me haya encargado de esto; sino que se lo propongo yo, en cuanto no le sirva de molestia, porque tiene tanto celo de la gloria del Sagrado Corazón, que nada perdona para promoverla.

Maria concepta est sine peccato.

CARTA CXXXIV

QUINTA DE AVIÑON, AL P. CROISET

Repugnancias de Margarita a escribir y bajar al locutorio. "Quiere que vivamos como hermano y hermana". Su seráfico amor a la cruz. Para los otros el amor gozoso, para mí sólo el amor paciente. "Jamás tendremos bastante tiempo para amarle". Afectuosos intercambios de oraciones. Humilde agradecimiento de la Santa por dos misas celebradas a su intención.

¡Viva † Jesús!

[Principios de 1690.]

Verdaderamente el ardoroso y justo deseo de vivir pobre, desconocida y olvidada y despreciada que desde mi tierna juventud me ha acosado siempre, me impediría escribir y comparecer en el locutorio jamás, si la obediencia, que es para mí una ley inviolable, no dispusiera otra cosa, no permitiéndome satisfacer esta inclinación; pero tendré la dicha de obedecer respondiéndole sencillamente y sin artificios, porque el amor no quiere otra cosa.

No sé por qué desconfía de mi temiendo que le olvide y que quiera retractarme de un pacto y unión de bienes espirituales que me es tan ventajoso bajo todos conceptos, y que considero como una gran dicha mía. Tanto más cuanto que me parece tener motivos para creer que procede de la ardiente caridad de nuestro Señor Jesucristo, el cual, como espero de su bondad, hará que subsista eternamente en su Sagrado Corazón, donde todo es permanente. Allí es donde su puro amor quiere que en adelante vivamos como hermano y hermana para amarle, honrarle y glorificarle con todas nuestras fuerzas, inmolándonos y sacrificándonos sin reserva para lograr que sea conocido, amado y glorificado. ¡Cuánto le debo por haberle inspirado tanta caridad para conmigo!

Espero que esto me ayudará mucho a conseguir mi salvación eterna; y le confieso con sinceridad que si conociera a esta miserable pecadora que le habla, su corazón, todo abrasado de caridad, se sentiría movido de compasión a pedir encarecidamente mi perfecta conversión al Corazón de nuestro buen Maestro. Mil veces le he bendecido al leer su carta, por ver que le ha colocado en el número de sus fieles siervos y amigos más queridos, para colmarle con profusión de la abundante suavidad de su puro amor, en el cual desearía verle del todo consumido.

Su herencia, querido hermano mío, será, pues, el Tabor, todo resplandeciente de gloria; y la mía el Calvario hasta mi último suspiro, entre los azotes, las espinas, los clavos y la cruz sin otro consuelo ni placer que el no tener ninguno. ¡Oh, qué dicha poder sufrir siempre en silencio, y morir finalmente en la cruz, oprimida bajo el peso de toda suerte de miserias del cuerpo y del espíritu en medio del olvido y el desprecio! Bendiga, pues, por su parte a nuestro Soberano Dueño por haberme regalado tan amorosa y liberalmente con su preciosa cruz, no dejándome un momento sin sufrir. ¡Ah! ¿qué haría yo sin ella en este valle de corrupción, donde llevo una vida tan criminal que sólo pudo mirarme como un albañal de miserias, lo cual me hace indigna de llevar bien la cruz para hacerme conforme a mi pacientísimo Jesús?

Mas, por la santa caridad que nos une en su amable Corazón, ruéguele que no me rechace a causa del mal uso que he hecho hasta el presente de ese precioso tesoro de la cruz; que no me prive de la dicha de sufrir, pues en ella encuentro el único alivio a la prolongación de mi destierro.

No nos consemos jamás de sufrir en silencio en el cuerpo y en el alma; la cruz es buena para unirnos en todo tiempo y en todo lugar a Jesucristo paciente y muerto por nuestro amor. Preciso es, por lo tanto, procurar y hacernos verdaderas copias suyas, sufriendo y muriendo con la muerte de su puro amor crucificado, pues no se puede amar sin sufrir. Gózome de ver a los demás abismados en las satisfacciones del amor gozoso; para mí no quiero acá abajo otra que las de verme abismada en los dolores del puro amor paciente.

Goce, pues, enhorabuena, y yo sufriré sin otra voluntad ni deseo de mi parte que el del cumplimiento del beneplácito di-

vino, al cual debemos abandonarnos enteramente, olvidándonos por completo de nosotros mismos. Dejémosle hacer en nosotros y de nosotros lo que desee, sin reservarnos otro cuidado que el de amarle obrando o sufriendo. Esto es suficiente; con tal que El se contente, basta. Mas conozco que me complazco demasiado hablándole de sufrimientos. No puedo obrar de otro modo; pues la ardiente sed que siento de ellos, me atormenta más de lo que pudiera decirle.

No sé ni amar ni sufrir; lo cual me hace ver que todo lo que digo sobre esto no es más que una invención de mi orgulloso amor propio. Mucho, sin embargo, me consuela hablándome del puro amor. Sólo él basta, pero me parece que jamás tendremos bastante tiempo para amarle. El es el único objeto de nuestro amor.

¡Ah, cuán dichoso será por poder recibirle todos los días, luego que celebre el divino sacrificio del amor! (69). Muchísimo me regocijo con tal motivo, no sólo porque participaré de ese acto y me uniré a El, sino también por el placer que el Señor tendrá en entrar en un corazón que le ama, que es todo suyo y que no quiere otra cosa que a El. Pida para mí la misma gracia, a fin de que haciéndonos verdaderas copias de nuestro amor crucificado, correspondamos a los designios que tiene de santificarnos; y puesto que desea que nos escribamos de vez en cuando, no tratemos de otra cosa que del amor divino y de la cruz.

Repito una vez más que no puedo agradecerle bastante la participación que me concede en sus oraciones. Yo le doy parte, según lo prometido, no sólo en todo lo que pueda hacer y sufrir, sino también en las oraciones que por mí se ofrezcan. Le diré en confianza que dos grandes siervos de Dios se han sentido impulsados por su ardiente caridad a hacerme el más precioso de todos los dones, que es celebrar cada uno una misa por mí. Si supiera cuán reconocido está mi corazón a esta caridad, me ayudaría a encomendarlos al Señor. Confío que el Sagrado Corazón suplirá todas mis impotencias, ya que El es todo mi tesoro, todo mi poder y toda mi esperanza. Cuando voy a El, paréceme que le encuentro allí siempre muy adentro.

---

(69) Celebró el P. Croiset su primera Misa el 23 de Marzo de 1680, Jueves Santo.

Sea, pues, por siempre del todo suyo, y déjese abrasar y consumir en sus más puras llamas, por las cuales le suplico nos transforme del todo en El.

Sor Margarita María.
De la Visitación de Santa María
D. S. B.

Carta CXXXV

SEXTA DE AVIÑON, AL P. CROISET

El Carnaval, tiempo de dolor y de amargura para Margarita. "Con tal de que el se contente, esto solo me basta". No me saque en su libro. Usted es uno de los apóstoles escogidos por el Sagrado Corazón de Jesús. Manténgase siempre en paz; acójase al amantísimo Corazón. "Hacer o padecer, todo es lo mismo para un corazón amante" "¡Qué libro tan precioso es el amable Corazón!" Es dueño y señor absoluto de Margarita. "No tengo otro placer que el no tener ninguno". Responde a diferentes encargos del P. Croiset. ¿Debo dejar de ir al locutorio y de escribir cartas? "No puedo hacer otra cosa que padecer en silencio". "Tengo sed: me abraso en deseos de ser amado". La siempre humilde y agradecida Virgen de Paray.

¡Viva † Jesús!

17 de Enero de 1690.

Mi Reverendo Padre: Nuestro soberano Dueño se ha dignado infundirme mucho consuelo en la lectura de su carta, después de haberme prohibido por un tiempo demasiado largo su lectura, a causa de cierto impulso demasiado impetuoso que me había venido de buscar en ella tal consuelo en el sensible y doloroso estado paciente en que El me había colocado durante el Carnaval. ¡Le ofenden y abandonan tantos pecadores! Paréceme que de tal modo es éste mi tiempo de dolor y amargura, que no puedo ver ni gustar otra cosa que a mi Jesús doliente y abandonado. Me compadezco de sus dolores y me penetra tan vivamente con ellos su Corazón adorable, que no me conozco a mí misma.

A si divina Justicia todo sirve de instrumento propio para atormentar a esta víctima culpable, de tal suerte, que no puedo hacer otra cosa que sacrificarme como una hostia de inmolación a su santidad de justicia. Esta es tan terrible al pecador, que le confieso, que si no me sostuviera su santidad de amor y

misericordia a medida que la otra me hace sentir el peso de su rigor, me sería imposible soportarla un solo momento. Todo esto lo sufro, sin embargo, en medio de una paz inalterable, contentándome con estar adherida al beneplácito divino. Con tal que El se contente, esto solo me basta.

Creía yo que no había de poder contestarle; más pienso que El desea que lo haga. El, pues, me dará los medios de hacerlo de la manera que le agrada, porque en cuanto a mí, no quisiera decir al presente otra cosa que: «*Mi alma está triste hasta la muerte*». O bien las palabras de mi Salvador en la cruz: «*¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has abandonado?*». Y estas otras: «*Padre mío, perdónalos*».

Cuanto más sufro, más sedienta me hallo de sufrir. Me parece que todas las criaturas deberían servir de instrumento a la divina Justicia para atormentarme, si bien yo ni deseo ni pido nada. Me contento con abandonarme y someterme a El, dejándole el cuidado de hacer de mí cuanto quiera. No queriendo más que a El, ¿qué me importa que sea en medio de la consolación o de la aflicción?

Aunque creo no tener parte en lo que le digo de las gracias de mi soberano Maestro, gracias que, por mi poca correspondencia me serán tal vez motivo de mayor condenación, no dejo de experimentar una especie de martirio cuando El me obliga a hablar de ellas. Esto lo hago frecuentemente sin darme cuenta de lo que digo, y sin poder acordarme de ello después de haberlo dicho. Por eso no se extrañe de que quizás le repita siempre las mismas cosas.

En cuanto a la proposición que me hace de poner estas gracias en su libro, ¡oh Dios mío! ¿qué me dice? No es tiempo de eso, sean cualesquiera las razones que me pudiera alegar, a menos que mi Señor Jesucristo no le haya dado a conocer que ésta es su voluntad. Y me cuesta creer que quiera hacerlo, después de haberme consolado sobre este punto, si no me engaño, dándome a entender que, aun cuando las cosas no estén referidas por extenso, como usted desearía para su gloria, El es bastante poderoso para suplir con su gracia y hacer producir a su libro los mismos efectos. Sí, tengo esta confianza en mi Dios que jamás deja de hacer lo que quiere. Y no piense que en esto miro por mí misma; pues nada hay que no sacrifique por la

gloria de mi Soberano. Es que me parece que no lo quiere, por la razón de que, si lo quisiera, me quitaría esta extraña pena que tengo de ser conocida. ¡Ay de mí! Si la conociera, diría que era una especie de crueldad el sacarme de esta vida ignorada y oculta.

Le manifestaré en confianza que cuantas veces se lee (70) lo que se ha sacado del *Retiro del Reverendo P. de la Colombière*, advierto que se imprimen en mí penas tan grandes, y me siento sumida en abismos de confusión y de humillación tan extraños, que no sé dónde estoy, pareciéndome que todos me miran por haber tenido en ello alguna parte. Por favor, no piense más en semejante proposición.

En cuanto a lo que me pregunta, yo creo que Dios quiere servirse de usted en esa obra; me parece que ya le he dicho lo que pienso acerca de esto.

Desde el principio, mi divino Dueño hizo conocer a su indigna esclava que había escogido un vil instrumento para establecer el culto de su Sagrado Corazón y atraer los corazones a amar el suyo adorable. Que tenía una sed ardiente de ser conocido, amado y honrado de los hombres por medio de homenajes y honores particulares, a fin de tener un medio de repartirles abundantemente sus misericordias y sus gracias santificantes y saludables, satisfaciendo así su propio deseo.

Y como le representase yo el negocio tan imposible de mi parte, que era más a propósito para suscitarle obstáculos que para serle útil en este designio, me dijo que no sabía yo que siendo El todopoderoso podía hacer cuanto quisiera, y que no quería servirse en esto del poder humano, sino de la suavidad de su amor. Me dijo, además, que no debía temer nada, pues El supliría todo lo que faltará de mi parte; y que para este fin se había escogido cierto número de verdaderos amigos que me los daría a conocer.

El R. P. de La Colombière fue el primero; y la primera vez que tuve el honor de verle, me dio en seguida tan grande certeza de que le había escogido para este designio, que por esto le haría participar de los ardores de su divino Corazón, y que

(70) Al poco tiempo de publicado el 1684, se leyó en el Refertorio de Paray-le-Monial, sin saber su Superiora que en El se hablaba de Margarita. Su lectura causó terrible confusión a la santa confidente del Divino Corazón.

en adelante tendrá también alguna parte en sus humillaciones, sin que me descubriera el modo ni el tiempo de ellas.

Cuando vino por segunda vez, Nuestro Señor me apremió fuertemente a que le pidiera esas meditaciones, acerca de las cuales quizá no haya sabido explicarme bien, por el gran temor que tengo de engañarme. Mas en seguida me infundió seguridad con estas palabras: «*Que El no le hubiera jamás dado gusto alguno por esta devoción, ni facilidad para trabajar por ella, si no le hubiera escogido para esto; y, además, que El no me hubiera dado nunca esta franqueza de corazón para con usted sobre este asunto*». Paréceme, si no me engaño, que me promete además que le suministrará todas las gracias y socorros necesarios, y aun que suplirá por su parte todo lo que pueda faltar por la nuestra.

Mas no se realizará todo esto sin muchos trabajos y sufrimientos, los cuales deberá recibir como las pruebas más inequívocas de su voluntad. Este es el medio de santificación, según yo creo, de que quiere servirse para hacernos llegar a esa gran santidad cuyo deseo nos infunde. Y para esto me parece que exige de nosotros una gran confianza en El, y apoyo en su amor, y un entero olvido y desconfianza de nosotros mismos. Esto es lo que noto particularmente en sus disposiciones, siendo fiel en darle la gloria de todo y en recibirlo todo y esperarlo todo de su adorable Corazón.

No sé si en lo que le he dicho encontrará las señales de la voluntad de mi divino Dueño, que me pide; pero eso es lo que le puedo decir al presente. Dejo lo demás a lo que le inspire creer acerca de ello, quedando contenta de cuanto haga y permita respecto a mí.

En cuanto a la turbación que siente levantarse en usted, creo en verdad que en ello tiene mucha parte el demonio, mas espero que no llegará a conseguir lo que con eso pretende. Lanzando a su alma en la turbación, quiere impedir a nuestro divino Dueño que haga de ella un trono de paz y establezca en su corazón el reinado de su puro amor, que El ira siempre acrecentando y perfeccionando hasta la consumación, con tal que se abandone a El y le deje obrar.

Esos temores que tiene acerca de lo que le puede suceder en lo porvenir no le agradan, si no me engaño. Son un obstáculo

a sus designios y a su perfección. Vengan de donde vinieren, he aquí el fruto que El desea saque de ellos: un perfecto y entero sacrificio de espíritu que le haga abrazar amorosamente y sin reserva lo que se le representare de más enojoso y humillante, y esto tantas veces cuantas sintiere que se excitan en usted esas turbaciones. Por este medio confundirá al enemigo, y recibirá la misma recompensa que si hubiera sufrido todas esas cosas. Luego que hubiere hecho esos actos de sacrificio, es preciso que aparte prontamente el pensamiento de esos temores, acogiéndose al Sagrado Corazón de Jesús, hasta que se hayan disipado esas tempestades y nubes tenebrosas.

Porque ¡ay de mí, mi querido hermano! ya que sólo va nuestro interés en todos esos sacrificios que Dios exige de nosotros, ¿cómo podríamos tener aún alguna mira propia?, puesto que importa poco a un corazón que solamente busca a Dios y su divino beneplácito, el modo con que le sacrifique el puro amor, ya sea en la elevación, ya en la humillación. Hacer o padecer, todo es lo mismo para un corazón amante; dejemos, pues, el porvenir a la Providencia del puro amor de ese divino Corazón, que pide al nuestro fidelidad en los momentos presentes.

Además, se levantan también esas turbaciones en usted para enseñarle a morir continuamente a sí mismo, y a desligarse de todos sus intereses propios, a fin de que con una entera desconfianza de sí mismo, permanezca siempre abismado y como perdido por completo en los abismos del puro amor. No sé si podrá comprender lo que quiero decirle.

Mucho placer me ha dado ofreciéndome la Santa Misa para el mes de Marzo, que puede llamarse el mes de mi Señor Jesucristo, por los grandes misterios en él obrados.

¡Ah qué felicidad la suya cuando ofrezca ese gran sacrificio de amor! Le acompañaré en espíritu al altar en cuanto me sea posible, y de muy buena voluntad le hago donación, en lo que de mí depende, de todas mis obras desde ahora hasta entonces, o más bien, pido al Sagrado Corazón que le aplique sus méritos y disposiciones y le revista con ellos.

Comulgo y oigo la santa Misa a su intención. En cuanto a otras oraciones, apenas hago fuera de lo de obligación, más que rezar el Rosario, el cual rezo con tan poca devoción y tanto trabajo, que me quedo como pasmada muchas veces. Me falta la pa-

labra para proseguirlo, haciéndome impotente mi Divino Maestro para la oración vocal! ¡Si supiera las resistencias que por esta causa le he opuesto!... Aunque muchas veces se me prohibieron esas oraciones, las dejaba por algún tiempo, y luego volvía de nuevo a hacerlas. Después me daba por ello mi Soberano severas reprensiones, y también con respecto a la lectura espiritual, en la cual me encuentro con frecuencia sin poder leer, sea cualquiera la violencia que me haga, en el libro que tengo en las manos.

Pero en lugar de éste, se me ha abierto, como un gran libro, el amable Corazón de Jesús, donde me hace leer las admirables lecciones de su puro amor, que no me desecha a pesar de todas mis resistencias. Muchas veces combato con El, pero siempre sale El victorioso y yo confundida. Jamás ha habido tan excelente director, porque al enseñar proporciona los medios de hacer lo que enseña, o bien lo hace El mismo.

Le confieso ingenuamente que me conduce por un camino del todo opuesto a mis inclinaciones. Siento una aversión extraordinaria a todo empleo honroso en la religión, a ir al locutorio y a escribir cartas. Y, sin embargo, fue preciso que me sacrificara a todo eso, pues no me dejó en paz hasta que me obligué a ello con voto. No dejo por eso de sentir mayor repugnancia que antes, pero abrazo esta cruz con las otras, con las cuales le place a mi Divino Maestro regalarme. Le aseguro que si estuviera un momento sin sufrir, creería que me había olvidado y abandonado.

Me parece que su voto, si no me engaño, agrada mucho al Divino Corazón, el cual le convertirá en lazo de unión indisoluble con El. Eun voto bien cumplido es un arma poderosa para defenderse contra el enemigo de nuestra salvación.

Por lo que a mí toca, le soy deudora por lo que me dice respecto a las continuas gracias que recibo de este Soberano de mi alma, el cual me ha hecho encontrar en sus palabras mucha consolación y seguridad en mis temores de engañarme. Puedo asegurarle, sin embargo, que aun cuando me hubiera dado a conocer que cuanto le dije sobre esto no era sino ilusión y engaño, hubiera quedado tranquila. No está en mi poder, así lo creo, desde que este Soberano se hizo dueño absoluto de mi espíritu y de mi corazón, hacer de aquellas gracias otro uso, ni